

# **«Amanecieron en todas las partes públicas...». Un viaje al país de las denuncias<sup>1</sup>**

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ\*

Al abrir la caja y al extender sobre la mesa palabras prohibidas pegadas rápidamente sobre las fachadas urbanas, emprendemos un viaje barroco al país de las denuncias, de las invectivas, de las mezquindades y de las esperanzas políticas. Panfletos en trozos, destrozados por el placer de la censura, desgastados por el tiempo, en general fueron recogidos para perseguir a la caterva de sus autores clandestinos, diseminados por la ciudad. Hoy, son insignificantes cuerpos de delito, completamente agujereados.

A. FARGE<sup>2</sup>

## **La maleta del viajero**

Afirmar que los muros representan uno de los más antiguos espacios de la comunicación humana o una de las más viejas materias sobre las que se ha depositado el mensaje escrito no es más que decir una perogrullada. Fuera de la convulsa grafitomanía y del constante empapelado que sufren o disfrutan, según se mire, las ciudades del último cuarto de este siglo, bastaría, como tantas veces se ha dicho y escrito, con adentrarnos en la máquina del tiempo y revivir

\* Para la terminación de este trabajo disfruté de una Ayuda del Consejo Social de la Universidad de Alcalá que me permitió desarrollar una estancia de investigación en archivos y bibliotecas de Lisboa en agosto de 1998. Con el propósito de facilitar la lectura, he traducido las citas tomadas de textos en lenguas distintas a la castellana. Respecto a la traducción de los fragmentos y expresiones en catalán quede aquí mi agradecimiento a José Luis Ramos Rebollo. Igualmente agradezco a Rita Marquilha su ayuda para resolver un par de dudas sobre la documentación portuguesa.

momentos del pasado para comprobar que los muros siempre han sido utilizados para tomar públicamente la palabra. Bien fuera para divulgar los avisos políticos, religiosos y toda suerte de informaciones oficiales e institucionales, o para dar publicidad a las leyes y normas sociales, dentro de lo que se podría calificar como una manera de proyectar y ejercer el poder y la hegemonía colectiva. Bien como plataforma expresiva o particular soporte de protesta para quienes han necesitado alzar su voz contra los atropellos de las clases dirigentes, han querido burlarse de algún convecino o simple y llanamente han pretendido hacer gala de una forma de libertad tan sencilla y transgresora como a veces puede ser la de escribir.

Planteado en esos términos podría pensarse que el argumento que voy a desarrollar en estas páginas no destaca demasiado de lo que, al respecto, se podría decir en otras circunstancias históricas, pero no es así. Que la escritura parietal sea una de las modalidades más emblemáticas del escribir social no comporta que su larga duración carezca de discontinuidades y cambios. En esa trayectoria, los siglos XVI y XVII dibujan una realidad significada por el incremento de las prácticas escritas arrojadas a la calle, ya fuera en el fragmento volátil de una octavilla, en el espacio de un trozo de papel pegado sobre cualquier muro, o en el trazo dejado por la acción combinada de una mano y una punta de carboncillo. Expresiones escritas que, sin dejar de existir, escasearon en el laberinto urbano de la ciudad medieval, fueron ganando terreno entre las modalidades de las escrituras expuestas en vulgar durante la baja Edad Media<sup>3</sup> y, sobre todo, se hicieron más frecuentes a partir del último tramo del Cuatrocientos, prosiguiendo así una carrera de relevos cuyos primeros testigos los fueron dando, entre otros, los panfletos florentinos del siglo XIV,<sup>4</sup> los *albarans de commoure* de la Valencia del Magnánimo<sup>5</sup> y, ya en el alba del XVI, las *pasquinate*, inicialmente en la estatua romana de Pasquino y luego en otras ciudades, sobre todo en Florencia y, en mayor medida, en Venecia.<sup>6</sup>

Con todo, lo que se deduce de los estudios realizados es que el verdadero punto de inflexión se produjo en la segunda mitad del siglo XVI y, de modo más concreto, desde la década de los ochenta. En Francia, la literatura panfletaria conoce sus mejores días a partir de los años 1540, con la actividad reformista; después de 1560, como arma en las guerras religiosas; entre 1585 y 1594, con la propaganda de la Liga; y, más intensamente, desde los comienzos del siglo XVII, pues durante la coyuntura de 1610-1620 se superó toda la producción anterior y vieron la luz más ediciones que en todo el tiempo de la Liga.<sup>7</sup> En Bolonia, la primera intervención normativa específica

sobre los llamados *libelli famosi* es del año 1563, aunque ya habían sido contemplados en la legislación general cuatro años antes, y los primeros procesos abiertos por el tribunal criminal corresponden al período 1582-1597.<sup>8</sup> En Roma, el primero de los carteles infamantes juzgados por el tribunal del gobernador data de 1591.<sup>9</sup> En Portugal, según los procesos inquisitoriales, se sitúa hacia 1612.<sup>10</sup>

Aunque las razones sean diferentes en cada caso, la coincidencia temporal, así como la contemporánea producción de discursos criminalizando dichas prácticas, señalan la mayor efervescencia de las mismas desde finales del siglo XVI. Un proceso que no es ajeno al desarrollo de las vías y espacios de alfabetización y, en consecuencia, al incremento, incluso en términos cuantitativos, del número de personas capaces de escribir, por más que fuera a un nivel de competencia gráfica elemental.<sup>11</sup> Como tampoco al hecho mismo de que la inscripción de un mensaje en el palimpsesto mural de la ciudad es, en sí misma, al margen incluso de las expectativas de lectura, una forma de poder.<sup>12</sup>

A medida que el palacio, emblema material del poder y la sociedad civil, fue oscureciendo la hegemonía simbólica de la catedral y las plazas abiertas y diáfanas de la urbe renacentista constituyeron nuevos ámbitos de teatro y representación para las clases y mentalidades dominantes o para el sentir colectivo, sagrado y profano, de la sociedad moderna, la cultura escrita se hizo también presente, en especial por medio de lo que Bartoli y Marchesini denominaron «objetos de lectura colectiva»; es decir, los productos escritos, no necesariamente librarios, «destinados a una exposición limitada en el tiempo o a un consumo amplio y rápido».<sup>13</sup> En solitario o hermanado con la imagen, el texto se mostró a través de un amplio repertorio de prácticas orientadas a ser leídas y apropiadas en forma pública y, a menudo, colectiva o comunitaria. La cultura escrita disfrutó de las nuevas condiciones que le ofrecía la ciudad moderna, constituida así como «un hiperespacio del texto, un lugar privilegiado para la inserción de la señal lingüística».<sup>14</sup>

Señales lingüísticas que se hicieron notar bajo las prácticas, soportes y textualidades más variadas: pliegos de cordel, relaciones de sucesos y, en general, impresos de larga circulación expuestos a un consumo y a una lectura en clave «popular»; bandos dictados por la autoridad para divulgar sus dispositivos legales y administrativos; inscripciones en piedra para honrar algún suceso notable o celebrar las bondades del poder y las elites; emblemas y escudos de armas para señalar gráficamente la desigualdad social; «poesías murales», algunas de autores celebrados, ensartadas en el entramado iconográfico de las arquitecturas efímeras alzadas por la llegada de

un soberano, el alumbramiento de una princesa, la canonización de un santo o la recuperación de ciertas reliquias; *victores* inscritos en los muros universitarios por los doctores recién graduados; pero igualmente el rico surtido de los *floglietti secreti*, manifiestos, *graf-fiti*, pasquines, libelos o carteles infamantes.

Como se ve la gama del escribir expuesto era bien variada y respondía a motivaciones de génesis, difusión y recepción normalmente diferentes. Todas ellas, junto a otras formas de decibilidad y legibilidad del espacio urbano, hacían de las ciudades renacentistas y barrocas una suerte de «ambiente escrito»,<sup>15</sup> mayormente por el cariz que las calles y plazas tomaron como lugares de sociabilidad y espacios del actuar colectivo.

Sin embargo, no persigo recomponer aquí todas las piezas de ese puzzle,<sup>16</sup> sino que me voy a centrar, más en particular, en las manifestaciones de la escritura callejera, manuscrita e impresa, nacidas de una funcionalidad antagonista o que tuvieron un ámbito de producción y difusión, a veces, marginal. Analizo, por tanto, cuantas prácticas escritas tuvieron su origen en la contestación a los poderes establecidos y a los discursos socialmente autorizados, en el hábito tan cotidiano del insulto o de la infamia o en la genuina voluntad de escribir directa y personalmente sobre la pared. En definitiva, escritura de un modo u otro de protesta, enfrentada a la palabra impuesta.<sup>17</sup> En otros términos, me voy a ocupar concretamente de la galaxia integrada por las llamadas «escrituras criminales» y los calificados como «usos impropios». Al decir de Armando Petrucci, éstos se verifican cuando la capacidad de escribir se ejerce con fines de expresión y personal creatividad, resultando (o siendo considerado), muy a menudo, un verdadero y propio crimen: las escrituras populares libres resultan así escrituras criminales.<sup>18</sup> Una definición que no hace otra cosa que captar el modo en que tales ejercicios fueron percibidos y calificados por los discursos dominantes, según testimonio, por ejemplo, el tratamiento que se da a los carteles infamantes en las deliberaciones y bandos del *consell* de la ciudad de Valencia durante el siglo xv: «le remito el crimen de la facción de los dichos carteles»,<sup>19</sup> o la consideración penal que los libelos recibieron en el título que a ellos se les dedicó, el LVI, «Dos libellos famosos», en las *Constituçoens synodaes do arcebispado de Braga* de 1639.<sup>20</sup> De ahí que la «publicación de nibelos» figurase, al lado de los «redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas», en el Memorial de agravios comunes, consignado, junto a otros, en el libro de memorias del Monipodio hispalense.<sup>21</sup>

Escritos desde un dominio de producción eventualmente marginal y subalterno, aunque no siempre ni necesariamente, pues también las elites hicieron uso de pasquines, manifiestos o libelos, el abanico de éstos y el de los *graffiti*, en definitiva cuanto brota del libre deseo de escribir, constituyen, según puso de relieve Gastão de Melo de Matos, «un valioso elemento para la interpretación de una época histórica», aunque el autor se centrara tan sólo en la producción impresa.<sup>22</sup> En efecto, tales prácticas de escritura actúan (o pueden hacerlo) como «monumentos»,<sup>23</sup> indicios de trasuntos históricos, algaradas sociales, enfrentamientos políticos, conflictos religiosos o malestares ciudadanos, ofreciéndonos muchas veces la narración, siquiera resumida en un texto breve y de lectura inmediata, según vieron y vivieron los hechos otros protagonistas, las elites enfrentadas o directamente los de abajo. Desde otra perspectiva, dichas escrituras revelan igualmente la extensión de los procesos de alfabetización y las utilidades ciertas y efectivas en las que se concretó la mayor necesidad social de escribir en la Europa moderna, así como los tonos diversos del léxico, lenguaje o estilo que atestiguan tales fragmentos de escritura.<sup>24</sup>

Por todo ello, estas manifestaciones de lo escrito conforman también uno de los yacimientos que hacen posible la reconstrucción de algunas de las prácticas, maneras, espacios y tiempos de la apropiación cultural ejercida por las clases subalternas. En consecuencia, su estudio, tantas veces marginado por la Historia Oficial y, más aún, si se me permite, por la Paleografía Oficial, puede entrañar una cierta democratización de la visión del devenir colectivo en la medida que rescata el decir de los de abajo y el sentir de las mentalidades díscolas y heterodoxas o nos permite percibir las diversas caras de las monedas políticas, a la vez que nos sirve los materiales necesarios para recomponer la diversidad de los usos y prácticas que dibujan la sociedad de lo escrito. Los intereses y deformaciones impuestos por la Historia Oficial, similares al castrante institucionalismo que ha cercenado la visión de la cultura escrita, han jugado, muy a menudo, una mala pasada al devenir común, despreciando el estudio y, de paso, la transmisión y conservación de muchos de esos *papeles rotos* a los que tan aficionado lector era el mismo don Quijote:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles [...].<sup>25</sup>

Fuera de la ilimitada curiosidad de los coleccionistas de todas las épocas, sólo en las últimas décadas parece haberse reconocido la ver-

dadera magnitud de dichas escrituras y su contribución a la formación de auténticos «estados de opinión», tan decisivos en el momento de algunas revueltas populares o acciones colectivas.<sup>26</sup> Así, los pasquines, libelos, carteles infamantes y otras expresiones de la escritura mural impropia y criminal han ido ganando significado como termómetros de las inquietudes y agitaciones sociales o como válvulas de escape al generalizado anonimato de las gentes comunes; aunque seguramente todavía no se miran con el mismo respeto que otros documentos depositados en los acervos de la memoria, mucho más si dichas prácticas se ejecutaron a mano, sobre papeles o muros. De ser así, peor para quien conserve tales prevenciones, pues sabido es que «un investigador con prejuicios —el pan nuestro de cada día— es como un médico que se niega a atender a un enfermo porque fuma: en fin, una barbaridad».<sup>27</sup>

Descartado que dichos escritos carezcan de importancia, uno de los problemas con que nos topamos al tratar de estudiarlos tiene que ver con los criterios y condicionamientos que han afectado a su transmisión y conservación, como también a la de muchos otros testimonios calificados tradicionalmente de «menores» y privados. El primero y más determinante, la necesidad de destruirlos por cuanto sirvieron para «afear» la estética formal e ideológica de las respectivas sociedades:

Quando algún clérigo o persona de nuestra jurisdicción eclesiástica encuentre algún papel que contenga escritura difamatoria, sea en lugar público o secreto, mandamos que luego lo rompa o queme, de modo que no se pueda leer más, sin tratar más, ni publicar lo que en el dicho papel y escritura se contenía; y publicándolo o comunicándolo o hablando sobre eso con alguna persona, será castigado como si fuera el autor de la sátira o escritura difamatoria que halló.<sup>28</sup>

De hecho, uno de los muestrarios más renombrados del siglo XVI, la colección de cuarenta y seis folios de papel gris reunida por Pierre de L'Estoile que forman el ejemplar *Les belles figures et drolleries de la Ligue. Avec les peintures, placards et affiches injurieuses et difamatoires contre le mémoire et honneur du feu Roy que les oisons de la Ligue appeloient Henri de Valois, imprimés, criés, preschés et vendus publiquement à Paris par tous les endroits et carrefours de la ville l'an 1589*, una parte de los cuatro gruesos volúmenes de libelos y caricaturas de la Liga que dijo haber reunido, tendría que haber desaparecido de no ser porque su recopilador desobedeció la orden de destruirlos, que, en 1594, le dio su amigo el lugarteniente civil de Aubry.<sup>29</sup>

Si eso concierne principalmente a panfletos y manifiestos, los carteles y libelos infamantes que se han conservado lo deben a su calificación «criminal», en cuanto fueron perseguidos y retirados de las paredes como pruebas inculpatorias y, por eso mismo, incorporados o copiados en los expedientes abiertos contra los presuntos autores de tales delitos, formando así la denominada «escritura criminalizada» o el «alfabetismo culpable».<sup>30</sup> A esto se suma la fragilidad y fragmentariedad de muchas de esas prácticas de escritura, siendo por ello que las mejor conservadas han sido las que gozaron del favor reproductor de la imprenta.

No obstante, queda también el recurso a los más diversos testimonios literarios o artísticos para remediar las carencias de los depósitos documentales. Respecto a la época tardomedieval y moderna, la escritura autobiográfica, las crónicas, los relatos de viajes y costumbres y la literatura de avisos son algunos de los caudales que mayor información proveen para rastrear las huellas de esas actividades de escritura y paliar en parte los silencios que quedan siempre que se trabaja exclusivamente con los materiales de archivo. No fueron pocas las personas que tuvieron el hábito de copiar el texto de los carteles apenas fijados sobre la pared, transcribirlos y guardarlos por motivos de memoria personal o para enviarlos a otros curiosos, pendientes también de tomar el pulso a los acontecimientos políticos y sociales (Texto 1). Una vez más, se trata de conjugar las prácticas y sus representaciones en el imaginario social como formas complementarias de emprender el estudio de cualquier sujeto o realidad histórica, incluido el de aquéllas que constituyen el universo de la cultura escrita.

## **La escritura como delito**

Escribir sobre los muros con un carboncillo, grabar un mensaje anónimo con algún instrumento punzante o pegar un pasquín comportaba, y comporta, la comisión de un delito desde el momento que vulnera el dominio que del espacio gráfico ostentan las clases dirigentes y propietarias, erigidas, desde siempre, en guardianas celosas de los espacios públicos susceptibles de ser empleados como soportes de la comunicación escrita. Son ellas las que determinan las reglas que gobiernan y administran la comunicación social, los lugares en los que ésta se puede efectuar, los usos específicos de cada superficie de escritura, las características de los productos gráficos empleados y la naturaleza misma de los mensajes difundidos. En el

momento que los autores y responsables de tales prácticas escritas subvierten esa prohibición incurrir en un delito, un crimen, el de transgredir escribiendo.<sup>31</sup> Léase si no la explícita referencia que en el texto que sigue, tomado de las deliberaciones del *consell* de Valencia en el siglo XV, se hace al contenido contestatario de ciertos *alba-rans de commoure*, amanecidos sobre las paredes de la ciudad, como argumento para justificar la persecución y el castigo de sus autores:

porque aquellas personas que tan malos actos y libelos tan difamatorios hacen, ordenan, escriben o aconsejan hacer para provocar escándalos y movimientos de testables, que así podrían redundar en poca reverencia de nuestro señor Dios, deservicio de la dicha majestad y destrucción de la cosa pública de la dicha ciudad, sean punidas y castigadas y, la conservación y sosiego de la presente ciudad y reino, debidamente satisfecho;<sup>32</sup>

o la definición de libelo en el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611, 1674) de Sebastián de Covarrubias:

En nuestro vulgar romance vale escritos infamatorios, que sin autor se publican o fixándolos en columnas y esquinas do lugares públicos, o esparciéndolos por las calles y lugares públicos. Este crimen es muy grave, y assí se castiga con mucha severidad;<sup>33</sup>

o el edicto del rector del *Studium Urbis* de Roma en 1689:

que ninguno ose pintar o escribir con carbones, lápiz, yeso y otro instrumento en los muros, puertas, capiteles, ventanas, columnas, molduras, cátedras o bancos, figuras, especialmente deshonestas, letras, signos, caracteres, versos, motes, dibujos, armas, enseñas y cualesquiera modo de ensuciarlos, antes bien que se pintasen o escribiesen cosas buenas.<sup>34</sup>

La matriz contestaria e infamante de buena parte de tales escrituras determinó la persecución decretada contra ellas por los aparatos de poder, plasmada en los bandos y edictos promulgados por las autoridades civiles y religiosas prohibiendo la redacción, difusión e incluso conservación de avisos, folletos, pasquines y demás escritos infamantes; y llegando, en el caso de la Iglesia, a calificarlos de grave crimen solamente superado por el homicidio. Ilustran lo que digo los testimonios concernientes a los edictos prohibicionistas de los gobernadores de Roma, monseñor Ferdinando Taverna en 1599 y el también vicecamarlengo monseñor Francesco Maria Baranzone en 1659;<sup>35</sup> aparte del título ya anotado de las *Constituiçoens synodales do arcebispado de Braga* (1639), donde a la postre se dice:



Item, después del homicidio, el primer lugar entre los crímenes, el infamar al prójimo con pasquines y libelos difamatorios, que muchas veces se sufren más que el mismo homicidio [...].<sup>36</sup>

Por ello la represión desencadenada contra las mismas. Visible en los procesos judiciales que criminalizaron dichas escrituras; en las descalificaciones reflejadas en los vocabularios contemporáneos; o en los discursos legales, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVI, según atestigua, en Italia, la constante preocupación pontificia y, más en general, la de los juristas del Antiguo Régimen, certificada por las siguientes palabras del cardenal Giambattista De Luca, autor de *Il dottor volgare* (1673):

A pesar de que comúnmente bajo esta palabra se designa aquella escritura que, en forma de cartel o de epitafio, se fija públicamente para infamar y para injuriar a cualquier persona, describiéndolos algunos de sus delitos o faltas; ya sea la escritura en folio que se difunde como una especie de manifiesto, sea escritura en prosa, o sea en verso; sin embargo, atendiendo más a la sustancia de las cosas que a la formalidad de las palabras, bajo el mismo tipo de delito, se entiende hoy otra cosa equivalente que produce el mismo efecto, es decir, que habiéndose compuesto el libelo o la pasquinada, se vaya cantando [...]; o incluso disponiendo las composiciones injuriosas estampadas en banderolas y también en pintura, o con otro diseño [...]; o bien usando la forma de cualquier jeroglífico, en la manera que se ha dicho del fijar los cuernos u otras porquerías en la casa de cualquiera, y cosas similares.<sup>37</sup>

Es decir, lo contrario de la legitimidad otorgada a otras escrituras de acusación y denuncia igualmente difamatorias, pero socialmente autorizadas para nombrar públicamente los delitos y transgresiones del orden ideológico. Pienso, a título de muestra, en las listas de pecados y excomulgados que se clavaban en las puertas de las iglesias, a la vista de todos, para señalar los casos de incumplimiento doctrinal;<sup>38</sup> o en los sambenitos escritos que se colgaban del cuello de los acusados, como el pergamino que Gabriel Monclús tuvo que pasear por las calles de la villa de Maella tras ser acusado, en 1612, de robar las flautas del órgano de la iglesia del monasterio de Santa Catalina.<sup>39</sup>

\* \* \*

Veamos ahora, de la mano del cronista granadino Francisco Henríquez de Jorquera, autor de los anales de los sucesos acontecidos en esa ciudad entre 1588 y 1646,<sup>40</sup> el pormenorizado y elocuente relato que nos hace del caso motivado por un libelo infamatorio que amaneció fijado, «en las esquinas de la pared de las casas del cavildo», el 6 de abril de 1640, viernes santo, «en contra de nuestra

Santa fe católica y en contra de la pureza y virginidad de nuestra Señora». El relato del mismo manifiesta el sentido de las circunstancias que vengo comentando (Texto 2). Al leerlo es bueno hacerlo teniendo presente el juicio despertado por dichas prácticas de escritura y el tratamiento que las mismas recibieron en el orden discursivo oficial, según se ve, a título de muestra, por las disposiciones que, para casos homólogos, imperaban en la diócesis de Braga:

Y declaramos, que las mismas penas tendrán los que lanzaren o fijaren, en algún lugar o parte pública, los dichos escritos, papeles y cartas difamatorias; y cuando se fijasen en las puertas o paredes de nuestros palacios arzobispales o de las casas de algún desembargador nuestro u otro juez nuestro, los que en eso estuviesen implicados serán castigados con el mayor rigor. Y si las fijaren en alguna iglesia, por la irreverencia y desprecio que, al hacerlo, cometen contra el lugar sagrado, incurrirán, por el mismo hecho, en excomunión mayor, cuya absolución, por esta constitución, nos reservamos.<sup>41</sup>

La narración arranca de la mañana de ese viernes santo amanecido con el injurioso libelo colgado de las casas del cabildo granadino, «escrito con una pluma de caña» y causante de «grande escándalo en los vecinos». Al poco de levantarse, «los que le hallaron le llevaron al Tribunal del Santo oficio» y éste a los tres días hizo público un edicto «declarando por herejes a todos aquellos que pusieron el libelo o fuesen cómplices en el delito o encubridores», que, de acuerdo a los usos acostrumbrados, debió divulgarse por vía escrita, colocado probablemente en los lugares más significativos y visibles de la ciudad, dato que el cronista no refiere, y, además, por medio de su lectura en voz alta, estando su tenor acorde con lo legislado en constituciones sinodales como las antes referidas:

Domingo quince días de abril el Tribunal Santo de la Ynquisición, prosiguiendo con las censuras contra los pérfidos herejes que pusieron los libelos en contra de nuestra Santa fe católica, se leyó en la Santa Yglesia el anatema matando belas y tocando campanas, dando por públicos escomulgados a los fautos de tan sacrílego delito, a ellos y a los encubridores y boluiendo a prometer de nuevo los mil ducados para la persona que los descubriese.

En medio de tal clima de intolerancia y persecución, los primeros acusados y detenidos como autores del libelo fueron unos portugueses, sólo por el valor de unos indicios pero sin ninguna prueba concluyente: «se hicieron grandes prisiones de portugueses por indicios, aunque al presente no se descubrió cosa alguna». Sin duda, en su detención y encarcelamiento debió pesar la fecha del suceso, 1640, un año que, como se sabe y luego veremos, fue especialmente crítico

para la monarquía hispánica y tuvo precisamente en Portugal, con la guerra de la *Restauração*, uno de sus focos más calientes.

Frente a los libelos, «los gentiles hombres de las casas y lustres de Granada y de señoras otras nobles y oidores» y los cabildos de la ciudad organizaron una intensa campaña de desagravio y exaltación de la Virgen. En su nombre se celebraron fiestas, rogativas públicas y procesiones no faltas de «muchu hostentación», todo ello puntualmente anotado por el cronista; pero también se dispuso un meditado programa de exposición gráfica extendido por toda la ciudad. Es decir, a la convulsión originada por un libelo, una escritura de corte impropio y criminal, las elites urbanas respondieron con un dispositivo iconográfico y textual propio, autorizado:

pasearon la ciudad y en las partes públicas iban fijando carteles de madera fijadas en ellas el nombre de María con letras de oro en campo azul y en cada una un atributo por escudo [...].

Al final, de resultados de todo el esfuerzo realizado, por el mes de junio, dos después de que apareciera el pasquín, se detuvo a «uno de los hermitaños del Triunfo», seguido de repiques de campanas, tedéum, actos de desagravio y hasta «fiestas reales de toros». Era tal el contento general o la necesidad de reparar la ofensa a la Virgen que la noche misma de las detenciones, cuando todavía el reo solamente lo era por indicios, «se encendió en fuegos toda la ciudad y se disparó toda el artillería en el Alhambra y demás fortalezas y para que la fiesta fuese cumplida se previno para las once de la noche una curiosa máscara hordenada de repente». Sin olvidar que también esa misma noche, antes de la máscara, bajaron «los señores canónigos del Sacro Monte en procesión a dar gracias al Triunfo de nuestra señora y los Padres Capuchinos y otros conventos con sus comunidades, todos goçosos y contentos de que Dios ubiese descubierto al causador de tantas inquietudes». Siguiéron fiestas y, por fin, el 16 de diciembre se celebró un auto de fe en el Real Convento de santa Cruz contra cuatro hombres y tres mujeres, entre ellos el ermitaño del Triunfo, acusado y condenado por haber colocado los libelos infamantes en contra de la pureza de la Virgen. Como a Gabriel Monclús, a éste también le pasearon públicamente por la ciudad, a la vista de todos, con un sambenito de escarnio, y, además, le sentenciaron a diez años de galeras.

Termina así el relato. Por supuesto, éste, qué duda cabe, no supe la calidad de las pruebas materiales, los libelos, si se conservan, ni los detalles que pueda ofrecer la oportuna acta judicial, si la hay.

Pero tampoco los necesita, por sí mismo ilustra las circunstancias que rodearon la presencia de muchos pasquines. Acredita las mentalidades y los elementos simbólicos que actuaban en el imaginario social, a la par que adquiere significado paradigmático en cuanto que es la narración detallada del estado de opinión y la reacción social, previamente encauzados por la Iglesia y las elites urbanas, generados por la presencia de un cartel infamante. Bien es cierto que no uno cualquiera, sino uno que ridiculizaba cierto artículo del credo católico.

## **Las paredes también hablan**

El caso del libelo granadino nos coloca ante uno de los argumentos que motivaron la toma de la palabra y su inscripción y difusión desde las superficies expuestas de las ciudades: la ruptura del consenso social. Es decir, la crítica a los valores establecidos, la subversión y el rechazo a las leyes sobre las que se asentaba el ejercicio de la autoridad y el conjunto de las normas políticas, religiosas o ciudadanas que pretendían ordenar y disciplinar la sociedad. Poner el mundo del revés, trastornarlo, como dijo Christopher Hill de la revolución inglesa del siglo XVII,<sup>42</sup> suponía cuestionar a sus dos cabezas más visibles: Dios y el Rey, la Religión y el Estado. Por supuesto, desde posiciones propias según se hable de países católicos o protestantes, de monarquías absolutistas o parlamentarias.

### *«Viva la ley de Moisés»*

La crítica a Dios y al poder de la religión, no siempre distinta de los enfrentamientos que movían los intereses políticos, se recrudece en el marco de la conflictividad abierta por las diversas lecturas del mensaje cristiano que intervienen en la dialéctica entre reformadores protestantes y católicos, sumada a las tiranteces que generó la aplicación inquisitorial del celo ortodoxo respecto a las comunidades no cristianas. Aparte del testimonio citado del libelo granadino contrario a la virginidad de María, tales tensiones se encuentran detrás de ciertos pasquines distribuidos en 1501 en Jerez de la Frontera contra la fe católica;<sup>43</sup> y, por supuesto, de los numerosos carteles infamantes que se colgaron en diversas ciudades portuguesas, opuestos al catolicismo, de mensaje judaico y críticos con el comportamiento de las autoridades eclesiásticas y el proceder de los

familiares del Santo Oficio. Algunos, según ha señalado Rita Marquilhas, de la enjundia y sofisticación dogmática que se advierte en los que se fijaron en la iglesia de Abrantes en 1628 para denunciar la ignorancia, la falta de tradición o lo ridículo de la ortodoxia católica, mientras se hacía apología clara del judaísmo:

Es público en esta villa de Abrantes que en las puertas de las iglesias de san Vicente y de san Antonio, en los quince días de este mes, día de nuestra señora, se pusieron escritos difamatorios contra nuestra santa fe, escarneciendo al santísimo sacramento, y que solamente la ley de Moisés era buena.<sup>44</sup>

Circunstancia que se reitera en dos medias hojas que amanecieron el domingo 27 y el lunes 28 de marzo de 1689 sobre las puertas de algunas iglesias de Santarem, cuyo contenido, breve, proclamaba en letras grandes, para que la visibilidad y legibilidad del texto fuera más evidente: «VIVA A LEI DE MOIZES» (figs. 1-2).<sup>45</sup>

Dirigidos concretamente contra familiares del Santo Oficio fueron, por ejemplo, el que se difundió en 1642 contra el abad de la villa de Soutelo, el padre Manuel de Teixeira, comisario del tribunal eclesiástico, atribuido a un labrador de 54 años, Gonzalo Alfonso;<sup>46</sup> o los pasquines que amanecieron colgados en la mañana de San Blas de 1685 en el concejo portugués de São Fins de Riba Douro, perteneciente al obispado de Lamego, de letra «disforçada», imputados a Gonzalo de Segra, clérigo suspendido de oficio, cuyo texto ponía en duda la pureza de sangre de dos familiares del Santo Oficio, Antonio de Andrade Caminha y Domingo da Silveira.<sup>47</sup>

Otras veces el tono de dichos panfletos vino marcado por el cariz político de los enfrentamientos religiosos, de ahí la carga simbólica de los edificios y de las fechas elegidos para la fijación de los mismos. Es el caso de los pasquines protestantes que, en la noche del 17 al 18 de octubre de 1534, se colocaron por las calles de numerosas villas de Francia, en París, en Rouen y también en Amboise, justo sobre la puerta de los apartamentos privados del rey Francisco I, buscando así la mayor virtualidad de su efecto;<sup>48</sup> o los que en 1587 se fijaron en los muros del cementerio de Saint-Séverin, en el corazón del París de la Liga, describiendo con horror las persecuciones sufridas por los católicos en Inglaterra.<sup>49</sup>

Las más altas dignidades de la iglesia católica, inventariadas en el abanico de sus vicios y mundanidades<sup>50</sup> comparecen en un apreciable número de los pasquines que el curioso Jerónimo de Barrio-nuevo fue incorporando a la escritura de sus *Avisos*, como los que se mofaban del clero romano y del propio pontífice:

Mucho se desea la muerte del Papa. Plegue a Dios no nos venga otro peor. Hasta ahora no se sabe cosa de cierto. Díjome un caballero romano que habían puesto un pasquín gracioso, dándole, como dicen, ya por difunto, en un túmulo grande, el epitafio siguiente:

*Rome natus, vixit ispanus, mortuus est  
galus.*<sup>51</sup>

A 28 de abril [de 1656] salió de Roma un pasquín que dice así: «A 7 de abril de 1655 murió en Roma Alejandro séptimo, y a los 24 de abril de 1656 resucitó con familia» Y esto, por haber dicho cuando le eligieron que aquel día había muerto para el mundo y hecho ataúd para enterrarse; y ahora, a los 24 de abril, llamado a todos sus deudos, que esto de carne y sangre tira mucho, y a las veces más de lo al cardenal Conrado [?] y se la dio al cardenal Otobono.<sup>52</sup>

Metidos en faenas terrenales, los representantes de la Iglesia no siempre supieron defender a sus subordinados de los abusos perpetrados por las autoridades, especialmente las que intervenían en el reparto y cobro de los impuestos. A este propósito véase lo que venían a decir unos carteles que en mayo de 1656 amanecieron puestos en las partes más públicas de la ciudad de León, en las iglesias y conventos, y, especialmente, en la iglesia mayor y las casas obispales:

En León ha sucedido que habiendo don Diego de Salvatierra, administrador de los millones, vendido públicamente unos carneros de San Isidro, San Claudio y Carvajal, amanecieron al día siguiente unos carteles en todas las partes más públicas de la ciudad, así en las iglesias como en los conventos de frailes y monasterios de monjas; pero en particular en la iglesia mayor y casas obispales. Decíanle al obispo se volviese a su convento a ser fraile, pues no era ni sabía defender su jurisdicción; a los frailes, que a qué esperaban y no se iban a Inglaterra con esta ocasión de la armada; a los clérigos, que se metiesen a bandoleros, que ya no tenían ni que perder ni que les quitasen más, siendo sus tributos doblados. A las monjas, que se metiesen a rameras, que ganarían más que en estar encerradas, y últimamente, a todo el pueblo, que a qué aguardaba a levantarse y a ir a quemar las casas de todos los ministros regios.<sup>53</sup>

*«Todo era decir del mal gobierno»*

Según el *Discurso político* (1634) de Jerónimo Freire, los *papelinhos* constituían el «tercer modo y remedio del que la verdad se vale para llegar a los oídos de los Reyes», siendo los otros dos los sermones y los libros. Pesimista respecto al efecto real de los pasquines, el autor argumenta que casi nunca llegaban a los ojos y oídos del Rey porque, si el contenido era crítico con sus faltas, vicios o los errores del gobierno, lo más frecuente es que nadie alcanzara a mostrárselos.<sup>54</sup>

A pesar de esto, el cuestionamiento de la autoridad y el orden establecido —a menudo aprovechando las situaciones de mayor debilidad, interinidad o minoría de edad de los reyes— motivó protestas aisladas o verdaderas revueltas políticas y sociales que incluyeron las canciones y la escritura expuesta como modos de expresión. Contra el mal gobierno iba destinado el pasquín sevillano que, en el verano de 1656, apareció fijado en las puertas del Ayuntamiento de Sevilla, dirigido contra don Diego Rubín, Administrador General de Millones, detrás de cuya difusión parece que estuvieron las autoridades eclesiásticas, contrarias a la merma de sus tradicionales privilegios fiscales:

Mueran todos los que mal gobiernan, muieran todos los judíos traidores que injustamente y con depravada intención venden la sangre de los vasallos y se comen el sudor de los pobres. Mueran a fuego y a sangre. Mueran y viva nuestro gran monarca y católico Felipe y a este pícaro infame ladrón juececillo descomulgado del tribunal de Dios y de sus santos mal consentido en esta ciudad contra la voluntad de todos, decidle que con brevedad se retire si no quiere morir arrastrado a vista de todo el pueblo

Ojo, alerta y cuidado  
que revienta el mosquete  
descargado,<sup>55</sup>

pero igualmente el que se encontró un lunes de carnestolendas, 12 de febrero de 1657, en el segundo patio del Palacio Real de Madrid:

Todo era decir del mal gobierno y de ministros que diesen relación de sus haciendas; del Confesor, que fundaba mayorazgo y levantaba casas que le costaban 200.000 ducados; del Valido, que mudase de asesor, si no se quería perder; y de la Junta de Millones, que la echasen de Palacio, por estar descomulgada,<sup>56</sup>

y los pasquines, pintados y graciosos, que el lunes siguiente, 19 de febrero, alborearon en todas las partes públicas de la ciudad, en los que se veía al Rey, sentado, pescando en una laguna, seguido de la siguiente inscripción: «Pescador de caña, / más come que gana»; a su confesor, con un bolso muy grande en la mano y la letra: «Mi corazón / es el bolsón», y al otro lado «Todo aquesto he menester / para el Corral de Almoguer»; a don Juan de Góngora, con una mujer a los pies y dos espadas clavadas: «Desangrada me deja / tanta estocada»; entre otras figuras además de la del Valido, mano sobre mano, con el texto: «Acertar es en vano». El autor de los *Avisos* añade que «por quitarlo luego, no se pudieron leer, no habiendo parte pública donde no estuviese».<sup>57</sup>

Otros hallaron su justificación en la afición al juego de naipes de Felipe III, el Duque de Lerma y su hijos, en tanto que los criados de Palacio llevaban dieciocho meses sin cobrar:

Han sido colocados muchos pasquines en las puertas y en las paredes del palacio real criticando al gobierno y criticando el hecho de que el Rey juegue a las cartas, pues ha perdido 700.000 ducados con el Duque de Lerma y con sus hijos, mientras los criados de su casa, en Madrid, llevan dieciocho meses sin cobrar su sueldo;<sup>58</sup>

la invisibilidad del virrey de Nápoles, acaso no muy distinta a la bien conocida de Felipe II:

En Nápoles ha salido un pasquín gracioso, llamando el pueblo por edictos al conde de Castriello, virrey, que parezca, porque dicen que no le ven. No es bien quisto, ni está gustoso;<sup>59</sup>

o los excesivos gastos efectuados en festejos del poder mientras otros carecían de pan, como cuando la Reina de Suecia visitó Roma en julio de 1656:

Vaya ahora dos pasquines graciosos y picantes de Roma. Hicieron en aquella ciudad una puerta de mármoles y otras piedras curiosas para la entrada de la reina de Suecia, y había grande falta de pan. Pusieron en pasquín y en la misma puerta: *Die ut lapides isti panes fiant*;<sup>60</sup>

entre otros muchos que se podrían añadir, siempre con los vicios y los errores del gobierno y los gobernantes como materia del mensaje.<sup>61</sup>

Expuestos a la lectura pública, los pasquines actuaban como testigos del acontecer diario: «Esta mañana ha aparecido en Santa María un cartel diciendo mil cosas sobre lo que pasa», anota Jerónimo de Barrionuevo en Madrid a 13 de diciembre de 1656.<sup>62</sup> Como termómetros destinados a señalar las inquietudes producidas por los cambios efectuados en el Gobierno y la Administración, a tenor, entre muchos otros, de los papeles que amanecieron en la puerta del Palacio Real de Madrid los días 24 de enero de 1640 [1] y 11 de febrero de 1655 [2]:

[1]

Rogad, hermanos, a Dios por el buen alumbramiento destas Secretarías, que es su parto largo y peligroso.<sup>63</sup>

[2]

En Palacio pusieron cuatro días ha un pasquín. Era una carroza entre muchas llamas que tiraban sierpes rodeadas de demonios que servían de pajes. Ha-



bía en ella tres sillas. Ocupaba la de en medio el Conde Duque; la izquierda, el de Monterrey; la de mano derecha, Leganés. Decía la letra: *Pica, cochero, al infierno, para que con este nuevo Consejero de Estado que llevamos le demos un buen día.*<sup>64</sup>

Mientras que otras veces se detienen en ridiculizar o burlarse de los personajes más señalados del momento o de los propios reyes y reinas:

Pusieron a la reina de Suecia un pasquín muy bellaco, tratándola de hipócrita, vana, loca y deshonesto con don Antonio Pimentel, su querido del alma, y otros, y se dice que un cardenal le dió una joya riquísima, que se la pusiese en su nombre, diciéndola no la podía emplear en mejor parte ni en mujer más linda; y que le respondió que enamorarse, que no lo estaba tanto como había menester. Y se dice ha mandado Su Majestad se aparten de ella los españoles que la asisten.<sup>65</sup>

A menudo ésa era también una manera de trastornar la jerarquía del orden establecido, siquiera por un tiempo breve. El mundo vuelto del revés, cuya representación festiva tuvo su lugar en los carnavales y las fiestas de locos, encontraba cauce escrito en la fijación gráfica del insulto verbal, tan cotidiano en la sociedad moderna.<sup>66</sup> El 18 de abril de 1599, mientras las autoridades de Valencia disponían todo un entramado efímero para recibir a la reina, un particular no quiso quedarse atrás y colocó un letrero en la puerta de su casa, sólo que menos complaciente y mucho más sarcástico, según lo refiere Luis Cabrera de Córdoba en su *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*:

Hasta en la puerta de un particular había una graciosa invención, que era un gallo vivo con lechuguilla, y decía la letra: *El Rey es mi gallo.*<sup>67</sup>

Equivalente a otras prácticas que tuvieron a gala mofarse de reyes y reinas, y, ya puestos, hasta calificarlos con el máximo de los desprecios. Como en el papel que se colocó en París, en la puerta del hotel de Sens, donde residía Margarita de Valois, al entrar ésta en la ciudad, una hoja manuscrita que la trataba de puta;<sup>68</sup> o el gracioso pasquín que, en julio de 1657, se puso en Lisboa contra la reina, cuyo texto decía, según lo recoge Jerónimo de Barrionuevo:

Quien dijera dónde está el ejército de Portugal, que se ha perdido, acuda a Palacio, que en pareciendo, se le dará un hallazgo muy bueno.<sup>69</sup>

La escalada a los extremos de las revueltas políticas y los movimientos populares podía desembocar en actos de violencia física (atentados contra los bienes y las personas) o en acciones de violencia verbal y simbólica, una de cuyas vertientes fue precisamente la instrumentalización con ese propósito de la literatura panfletaria, de tal modo que, en ocasiones, se puede hablar de auténticas revueltas de papel y tinta. Ocurrió así en los conflictos de mayor envergadura que se vivieron en la Europa de los siglos XVI y XVII, entre otros la guerra de los campesinos alemanes (1525), los sucesos franceses de la Liga (1585-1594), la rebelión de los catalanes (1598-1640),<sup>70</sup> la *Restauração* portuguesa (1640-1668),<sup>71</sup> o la Fronda contra Mazarino (1648-1653).<sup>72</sup> En todos esos momentos se puso de relieve el valor de las prácticas escritas en el espacio urbano, pues, como observara con cierto desprecio el autor del *Norte de Príncipes*, *virreyes, presidentes, consejeros y gobernadores*, en circunstancias de tal índole los pasquines circulaban por doquier y eran cotidianos instrumentos de creación de opinión pública, de modo que todo príncipe que se preciara de tal y buscara la paz de su reino debía «contentar a la plebe que es la que brama, grita y publica sus quejas muy poco temerosa por su multitud y por lo poco que tiene que perder».<sup>73</sup>

Por lo que concierne a la Monarquía Hispánica, qué duda cabe que el tiempo de Felipe IV y su valido Olivares señala uno de los períodos de mayor agitación panfletaria, especialmente concentrada en años como el de 1640, que ahora veremos, o 1635. En éste, la publicación, el 6 de junio, del *Manifiesto del rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra con España*,<sup>74</sup> desencadenó una respuesta amplia e inmediata por parte de Felipe IV en la que intervinieron algunas de las plumas más notorias del tiempo: Guillén de la Carrera, Quevedo, Jansenio, Saavedra Fajardo, Céspedes y Meneses o Pellicer.<sup>75</sup>

En el contexto de un reinado tan conflictivo, los manifiestos y libelos contribuyeron a crear opinión y a ganar apoyos. Respecto a la *Restauração* portuguesa, Antonio Carvalho de Parada, por carta, así se lo hizo saber al Conde Duque en 1634:

Den estas consideraciones en cuanto tocan a la esperanza de mejor fortuna, alterado tanto los ánimos de casi todo el reino que no sólo amanecen papeles fijados en las paredes convidando al levantamiento, mas por poco se atreven a hablar en esta materia, mostrando deseo de novedades.<sup>76</sup>

Usado por Olivares como instrumento de su propia propaganda, o bien por quienes desde Cataluña y Portugal, principalmente, lucharon por la independencia, los panfletos corrían de mano en mano y despertaban no pocas inquietudes y preocupaciones. El Conde Duque lo anotó y lamentó al constatar la gran cantidad de manifiestos arrojados a las calles de Barcelona en el conflictivo año de 1640:

aya llegado a las extremidades que oy se veen, que se puede dezir que no es posible creer más en quanto al desacato, inobediencia y concitación, haviéndose armado, públicamente hecho manifiestos, concitado los Reynos d'Aragón y Valenzia, escrito según dizen al Papa y quiza a otros, abierto la puerta a los Franzezes para sus lleuas de cauallería [...].<sup>77</sup>

El autor de los *Discursos tocantes al Principado de Cathaluña para su gobierno y conservación* (1640) lo hizo igualmente al comprobar el enrarecido clima que se respiraba en aquella ciudad tras la distribución de la *Proclamación Católica a la Magestad piadosa de Phelipe*, publicada precisamente en octubre de ese año (Texto 3);<sup>78</sup> una pieza que, según anota José de Pellicer, se envió «después de diversas cartas i libelos con voz de Manifiestos» y «acabó de desbaratar todos los medios de concierto».<sup>79</sup> Antes de esas fechas, la Junta de Ejecución del Consejo de Aragón había mostrado su preocupación por la proliferación de escritos y panfletos sediciosos, y, de hecho, había acordado, en una sesión del 17 de julio, que se impidiera la circulación de los mismos y se nombrara una comisión especial para examinar el contenido y porte de los que andaban por la calle.<sup>80</sup>

No obstante, las quejas sobre la intensidad y difusión de los pasquines no sólo venían de la Corte, sino que del lado catalán también se llamó la atención sobre la facilidad con la que actuaban los «enemigos del Principado». En uno de ellos, el manifiesto *Secrets puplichs, pedra de toch, de les intencions del enemich, y llum de la veritat* (1641), impreso también en castellano y conocido vulgarmente como *Memoria de la piedra de toque*, se aludía precisamente a los «engaños y carteles de unas hojas volanderas que va distribuyendo el enemigo por el Principado de Cataluña», a saber:

Para entubiar a los que gouiernan; para hazer vacilar a los bien intencionados; para engañar al pueblo, y últimamente para sembrar zizaña, perturbar los ánimos, diuidir las voluntades, despertar discordias y destruir a Cataluña con guerras ciuiles, van distribuyendo unos papeles sueltos, que sumariamente ofrecen perdón general a todos los catalanes, como si huuiesen delinquido en usar del derecho de la natural defensa [...].<sup>81</sup>

Era tal la magnitud de algunas de estas «guerras de panfletos» que, en determinados momentos, no resultaba extraño ver ciertas ciudades envueltas por el chismorreó constante y jaleadas por los pasquines y las copilllas. Así hasta poder alcanzar los varios millares de impresos favorables a la Liga editados por la impresores de París entre 1585 y 1594; los 858 libelos y 1.425 ediciones de panfletos durante los años 1614-1615, a raíz de las polémicas despertadas por los Estados Generales de 1614, que, pensando en una tirada media de mil ejemplares, daría la nada despreciable cantidad de 1.500.000 libelos; o las 5.000 *mazarinades* que se editaron entre 1648 y 1653 con motivo de los sucesos de la Fronda.<sup>82</sup> En cuanto a la *guerra dels segadors*, Henry Ettinghausen ha constatado la vinculación entre ésta y la difusión de relaciones, de tal modo que de 13 al día para los años 1635 a 1639 —cuando también comienza la guerra hispano-francesa—, se pasó a 36 entre 1640-1646, descendiendo a partir de entonces hasta las 3 diarias de la etapa 1647-1652 y solamente una entre 1653 y 1662, siendo así que la media durante los quince años de la guerra fue de unas 3 relaciones por día.<sup>83</sup> Revueltas de pluma y papel al punto de llevar a Nicolás Fernández de Castro a la siguiente anotación respecto de la *Restauração* portuguesa:

oy un manifiesto, mañana una historia, otro día un libro, otro un volumen, y en movimiento continuo esta ocupación, girando sin sosiego.<sup>84</sup>

Precedida de una rica agitación anticastellana durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, plasmada en opúsculos, manifiestos y papeles políticos anónimos, en buena medida elaborados y difundidos por miembros de la Iglesia, que así llevaban al escrito lo mismo que decían en sus prédicas y sermones;<sup>85</sup> la guerra de la independencia portuguesa mereció, sin duda, una intensa actividad panfletaria por ambas partes, a pesar de que el padre Timotheo de Ciabra Pimentel lo consideraba poco menos que una nota distintiva de los castellanos:

No lo digo, soldados, sin causa y grandes motivos, que los castellanos hoy son más fanfarrones que hazañosos; manejan mejor la lengua que las armas, diestros en todo género de delitos y pasquinadas.<sup>86</sup>

En circunstancias así, cuando los papeles se mostraron tan frecuentes, las noticias corrieron de mano en mano y los pasquines hicieron aflorar las rencillas y rivalidades entre las elites sociales, los anhelos independentistas o la disconformidad y el rechazo hacia gobernantes y reyes. Desembocaron en el estallido de auténticas bata-

llas de panfletos, de dimes y directes vertidos sobre el folio y arrojados a la calle por las diferentes facciones en liza. El papel destinado a agitar las conciencias y a mover las gentes, según lo hacía uno titulado *El confuso e ignorante gobierno del Rey pasado*, hecho circular por la corte a la muerte de Felipe II, con aprobación de su sucesor y tras éste el Duque de Lerma, para realzar la figura abúllica de Felipe III y ponerlo como redentor frente a su padre y antecesor (Texto 4).

Cuando se trata de revueltas populares, el escrito sirve para acusar y difamar a la autoridad que ejerce el poder, pero también como tecnología difusora de las ideas que sostienen la acción colectiva. Sin duda el giro tomado por la revuelta campesina de 1525 en Alemania, motivada directamente por las condiciones de vida y trabajo y luego extendida a un profundo cuestionamiento de la autoridad, civil y eclesiástica, tal vez no hubiese sido el mismo sin pensar en el efecto de los diversos textos y pasquines que se dieron a la luz con tal motivo. Ya sea el manifiesto de los Doce Artículos de los campesinos de la Alta Suabia, en marzo de 1525; el texto programático de la protesta; o, antes, el panfleto *La Reforma del Kaiser Segismundo*, del que se hicieron al menos ocho ediciones entre 1476 y 1522, con el que los reformadores expresaron su rechazo al orden existente en la Iglesia y en el Imperio.<sup>87</sup> Más modesto pero no menos significativo fue el libelo que, en 1619, se fijó en la puerta de la casa de un hidalgo de Arnedo por parte de los pecheros de la villa, enfrentados a los hidalgos de la misma por la condición tributaria de unos y la exenta de otros, testimonio claro de la variedad de formas que adoptaron las protestas y revueltas populares:

Paso a paso, moro y morito, que me tienes ya cansadísimo. Vete a tu Navarra y no trates de otra cosa, i a la bruja de tu madre que calle y rece, i si no avisón.

Ya podrían cansarse el moro y sus adalíes en andar tan aprieta y que no les baste lo de hasta aquí. Sosieguen un poco y miren que de no lo hacer no ganarán nada y particular el muy moro, ijo de una bruja y mucho más que callo, remitiéndolo a otro si no ai la enmienda pedida. I cada uno se vaya a su casa, que es lo que ynporta.<sup>88</sup>

En todas esas contestaciones, resueltas también por vía de la protesta escrita, los rastros de ésta y la frecuencia e intensidad de su número se hallan en relación directa con la evolución de las algaradas. Aparte de los episodios mas emblemáticos indicados por las principales guerras de panfletos, otros de corte más cotidiano también lo apuntan, caso de la relación que se ha podido establecer entre los *graffiti* de la catedral de Mallorca y los períodos de agitación ciudadana.<sup>89</sup>

En su definición de pasquín, Sebastián de Covarrubias hace referencia a la «costumbre y uso tan mal introduzido de colgar libelos infamatorios en esta estatua [la de Pasquino en Roma], en perjuizio de personas particulares y de los que gobiernan y administran la justicia».<sup>90</sup> De estos últimos ya he dado cuenta anteriormente, por lo que ahora me corresponde hacerlo de los que tuvieron en los particulares a los destinatarios del insulto escrito. Aunque Covarrubias defina el término en un tono inculpativo y restringido al uso del pasquín, sus palabras reflejan parte de la argumentación del escribir mural espontáneo, válida, por lo tanto, para los libelos e igualmente para los *graffiti*. Desde la pared se tomó frecuentemente la palabra para acusar, difamar e insultar a los demás, a la postre un delito particularmente grave en una sociedad caracterizada por un exacerbado concepto del honor, según señala la atención que a éste se le prestó en los tratados educativos de los siglos XVI y XVII. Por ello también que muchos de esos testimonios, más los carteles infamantes que los grafitos, terminaran siendo carne de la justicia criminal. Desde ésta han llegado hasta nosotros y ahora reclaman su turno, su palabra en este texto.

La importancia depositada en la honra y el buen nombre era tal que las características de duración y publicidad del insulto escrito hicieron que éste tuviera todos los rasgos de un «arma muy temible contra el honor de los individuos».<sup>91</sup> Los insultos y escarnios orales eran parte del discurrir cotidiano, aunque a la larga resultaban más eludibles que cuando se representaban gráficamente sobre la superficie de un papel colgado de un muro. Por eso no resulta extraño que el 67 % de los procesos por delitos de escritura, juzgados por el Tribunal del Gobernador romano entre 1605 y 1646, lo fueran por la autoría de carteles y letras infamantes.<sup>92</sup> En otro lugar, en Colmenar de Oreja, villa del Conde de Fuensalida, en 1657 los vecinos hicieron uso del insulto en su intento —logrado— de impedir que el conde nombrara como escribano de alcabalas a don Juan Claremonte, un hidalgo de Alcaraz. Primero comenzaron por exigirle una fianza; pero como el señor lo impidió, pasaron a la acción y escribieron una serie de coplillas en las que imputaban ciertas costumbres sexuales a la mujer y a la hija, una niña de catorce años, del escribano. Como éste no se daba por aludido, el alcalde de la Santa Hermandad publicó un bando, que se leyó en la plaza, insistiendo en la inmoralidad de la familia del escribano. Finalmente el alcalde dictó un auto de procesamiento contra la hija, acusada de amanceba-

miento. La familia se retiró a un convento y, al cabo de seis meses, terminó por abandonar la villa. Un episodio de protesta social que usó del insulto oral y escrito, además de otras prácticas.<sup>93</sup>

En el terreno de las afrentas y rencillas entre nobles, los muros mostraron la intensidad de las mismas en el tenor de las «cartas de batalla» y «carteles de desafiamento», corolario expuesto de la «correspondencia caballeresca destinada a plantear, aceptar y fijar un combate a muerte».<sup>94</sup> Aunque no sólo, pues también fueron esgrimidas en los enfrentamientos entre bandoleros.<sup>95</sup> Dichos carteles podían ser entregados en mano a la persona desafiada por medio de un emisario, como procedieron Joanot y Jofre Martorell con los que hicieron llegar a Gonzalbo de Híjar, comendador de Montalbán, el 27 de abril de 1446. O bien colocados en lugares públicos de la ciudad, para darle mayor publicidad, como fue el caso, entre otros, de la carta de batalla de Joanot Martorell al citado Gonzalbo de Híjar el día 1 de abril de 1450;<sup>96</sup> los que se dirigieron Álvaro Pires, hijo del Conde de Monsanto, y Francisco Bareto de Lima, dos hidalgos portugueses que también las tuvieron buenas en febrero de 1596;<sup>97</sup> o la que Joan de Vilanova envió a Joan Jerònim de Vilaragut en 1460: «La presente la haces poner por lugares públicos de la ciudad de Valencia, por ser incierto donde podría encontrarse».<sup>98</sup>

Exponer la carta en lugares públicos era una costumbre del ritual caballeresco, sobre todo cuando se concertaban duelos clandestinos o se ignoraba el paradero del rival; pero también el fruto de un deseo evidente de dar notoriedad a la infamia y presentar ante todos las vilezas asignadas al enemigo. Obviamente tal proceder no era del gusto del infamado, por ello Gonzalbo Híjar no tardó en acusar a Joanot Martorell, por carta fechada el 1 de abril de 1450, de «haber hecho poner algunos libelos difamatorios por la presente ciudad».<sup>99</sup>

Como en el caso, arriba comentado, del escribano de alcabalas de Colmenar de Oreja, los insultos e infamias en perjuicio de personas particulares tuvieron argumento en los comportamientos sexuales. Se aprecia en tantas coplillas, burlas, parodias, *graffiti* y carteles infamantes como se congraciaron en la exaltación de los órganos sexuales masculinos, el adulterio o la homofobia. Así, en uno de los carteles colgados de los muros de Faenza (Italia) a finales del siglo XVI (ca. 1580-1600) se representa precisamente a dos frailes y debajo de ellos un texto que aludía a la homosexualidad del más anciano (fig. 3). Otro cartel, intervenido también como materia delictiva por el tribunal del Torrone, muestra un pene en el momento de eyacular y debajo, en escritura de aparato, la siguiente inscripción: «QUIVI.STA.LA / ISABELLA.VACHA / DA PISONAR» (fig. 4).<sup>100</sup> En una línea

muy similar se encontraba la octavilla escrita contra Lucia Gattiani, en el municipio de Roffeno, en febrero de 1594: «Rufiana, rufiana, si tú no echas de casa a esa perezosa, te quiero dejar una marca en la jeta porque quiero reconocerte entre las demás rufianas...». La «perezosa» en cuestión era Rosa Miseracci, viuda, con la que pretendía casarse Alessandro Vallerani contra el parecer de la hija de éste, Angela, a la postre instigadora de las afrentas contra Rosa y su círculo de allegados.<sup>101</sup> Las frecuentes imputaciones de «cornudo» tienen su testimonio, por ejemplo, en un escrito infamante colocado en junio de 1601 cerca de la casa de Marco Carolei en Roma, en cuya primera línea figura el dibujo de una cabeza humana coronada por dos grandes cuernos (fig. 5), idénticos a los que aparecieron el 27 de noviembre de 1620 sobre la puerta de la vivienda del bordador milanés Ferdinando Fredini o en la mañana del 16 de julio de 1621 en la del mesonero Francesco Riccio.<sup>102</sup>

Sea a través de los libelos o de los *graffiti*, el muro representa el palimpsesto de la cotidianeidad. Un espacio de comunicación donde se hizo evidente la amplia voluntad de escribir de una sociedad más alfabetizada y conocedora de la escritura. Ésta, empleada, incluso, como sucedió en los muros de Pompeya o actualmente en las paredes de nuestras ciudades, para liberar el subconsciente o acreditar la identidad de la persona en el universo social. Tal vez sea esa posible necesidad de transgredir el anonimato la que motivase que algunos inscribieran su nombre en los muros. Los testimonios no escasean: desde los que lo hicieron, mediado el XVI, en las paredes del mirador del rey Martí en el Palacio Real de Barcelona, probablemente los mismos individuos que trabajaron en la construcción de la torre,<sup>103</sup> hasta los prisioneros y asilados que dejaron su impronta en los muros del sótano del palacio municipal de la Páheria de Lérida, donde estaba la cárcel,<sup>104</sup> así como las muestras mallorquinas de los siglos XVI y XVII inscritas en las paredes de San Miguel de la Palma, del tiempo que fue prisión, o los muchos *graffiti* textuales y figurativos distribuidos por los muros de la catedral mallorquina, datados entre los siglos XV y XVII, realizados por incisión o pigmentación en rojo y negro.<sup>105</sup> En todos estos espacios, las inscripciones parietales manifiestan la pluralidad de sus registros: nombres personales, solos o acompañados de algún texto (fig. 6), fragmentos de temática religiosa, mensajes crípticos o la gama más surtida de dibujos (fig. 7).

Así, entre el juego y la subversión, la transgresión más explícita e irreverente y la descarga emocional, un poco de todo ello podía



verse y leerse en los muros de la ciudad moderna. Pero, ¿cuándo se escribieron, quiénes fueron sus autores y cómo podían leerse aquellos textos escritos sobre las paredes?

## **De noche, en letras grandes y en los lugares más públicos de la ciudad**

El tiempo de escritura de los pasquines, libelos, carteles y *graffiti* callejeros era habitualmente la noche. La oscuridad y el descanso de los demás eran así los mejores aliados de quienes tenían algo que decir desde el espacio de la pared. Los expedientes relativos a estas escrituras criminalizadas, el atento ojo de los viajeros y gacetilleros, las copias coetáneas o posteriores de los mismos y la norma lingüística de los diccionarios insiste en ello una y otra vez. El autor del *Dietari del capellà d'Alfons el Magnànim*, probablemente el clérigo Melcior Miralles, lo anota puntualmente: «Domingo, a XX de marzo, año de MCCCCLXXIII, en la noche se pusieron octavillas por muchas partes de la ciudad».<sup>106</sup> «En Venezia dizen que amaneszio una pintura o pasquín en la forma siguiente...», encabeza la copia de uno.<sup>107</sup> «Pasquín que amaneció el 4 de octubre de [1]667 estando el pueblo amotinado contra las traiciones del conde de Castelmor»,<sup>108</sup> se dice en otro. Jerónimo de Barrionuevo y José de Pellicer comienzan con esa mención buena parte de las descripciones de pasquines que incluyen en sus *Avisos*: «amaneció un papel a la puerta de Palacio».<sup>109</sup> Fouretière apuntó en su *Dictionnaire* (1690) que el término *placards* designaba los «libelos injuriosos que se fijan durante la noche contra el gobierno o los particulares».<sup>110</sup>

La fecha de colocación, sobre todo cuando se trataba de pasquines políticos, venía dada por el suceso o la circunstancia desencadenante de la escritura de protesta. No se trataba, por tanto, de una elección casual. Todo lo contrario, la efectividad de su recepción y la connotación del acto de apropiación, en definitiva su virtualidad contestaria, no podía ser ajena al cuándo ni al dónde de su difusión.

La constante mención a los «lugares públicos»<sup>111</sup> como los espacios desde donde se hicieron visibles y legibles estas prácticas escritas, expresa la búsqueda explícita de la mayor publicidad del texto. Los pasquines, escritos infamantes y, en general, todo el repertorio de las escrituras murales no aguardaban la mirada de los individuos, la eventualidad de una lectura imprevista, sino que directamente la reclamaban. Además, para reforzar el efecto transgresor y connotar simbólicamente el momento de la apropiación lectora, fuera de posi-

bles ambigüedades, dichas escrituras intervenían en la vida social desde el muro de las instituciones criticadas. Los libelos concernientes a las persecuciones católicas en Inglaterra se dejaron ver en las paredes del cementerio de Saint-Sevèrin, un lugar muy frecuentado, punto de reunión, encuentro y discusión, además de tierra de la Iglesia donde la actuación de la fuerza pública estaba limitada. Asimismo la elección de la víspera de San Juan, una de las fiestas más importantes del año, como fecha para colgarlos, contribuye a entender lo planificado de una acción en la que el lugar y el tiempo determinaron (o podían determinar) la recepción de los pasquines.<sup>112</sup> Por lo mismo, los libelos opuestos a la Iglesia y a la doctrina católica se solían fijar en las puertas de los templos, de igual modo que los escritos contra el rey, los ministros y los gobernantes tuvieron acomodo en la entrada o el muro de los palacios y edificios del gobierno y la administración. Los carteles infamantes contra particulares lógicamente se fijaron en la puerta de sus respectivos domicilios o lo más cerca de éstos. Naturalmente en diversas circunstancias la colocación de estos carteles no se restringió a un único lugar sino que se extendió por diferentes puntos de la ciudad, aumentando así las condiciones para que efectivamente fuera posible la recepción del mensaje, en especial cuando se trataba de conflictos de amplio alcance y repercusión política:

Jueves 18 de éste [enero de 1657] amaneció en la Puerta del Sol y otras partes un pasquín o cartelón de tres letras diferentes, que decía maravillas de juros, papel sellado y ministros. Nadie lo vió quitar, aunque todos le leyeron, hasta que la Sala de Alcaldes envió por él y se le trajeron.<sup>113</sup>

Nótese también que el testimonio alude claramente a la presencia de tres letras diferentes, tres morfologías distintas o tres tamaños. La conjugación de jerarquías y tipos de escritura, unida al empleo de caracteres capitales, en particular cuando los textos eran breves y de lectura inmediata, creaba las condiciones más idóneas para la exhibición y apropiación, como muy certeramente supo observar Richard Fanshawe en una carta escrita desde Madrid el 19 de octubre de 1664:

Sobre las paredes mismas de Palacio, el jueves pasado escribieron, a la luz del día y en letras tan grandes que hasta uno que pasaba corriendo pudo leerlas: *Si el Rey no muere, el Reyno muere (sic)*.<sup>114</sup>

El apunte resulta preciso y elocuente, lo mismo que se dijo respecto de los pasquines judaicos que se fijaron en las puertas de las iglesias de Santarem en marzo de 1689: «escrito cada uno en dos

medias hojas de papel con letras grandes...». <sup>115</sup> El pasquín pretende articular un estado de opinión y, para ello, lo mejor es hacer explícito y visible el mensaje que se quiere transmitir: con letras grandes y por todas partes, para que nadie pudiera dejar de verlos y leerlos. Desde los muros, leídos personalmente o por mediación de otros, los pasquines buscaban su eco en un público universal e indefinido, en el contexto de una lectura que podríamos llamar de plaza. <sup>116</sup> Un público dilatado y anónimo —«No conozco toda Roma», se decía en uno de los colocados sobre el torso de la estatua de Pasquino—, <sup>117</sup> si bien se puede también pensar en la existencia de comunidades de lectura; es decir, grupos más reducidos en los que, según la naturaleza de los textos, la recepción tuviera mayor significado. En ese sentido, los panfletos secesionistas que se distribuyeron en Barcelona y en Portugal en los alrededores de 1640 gozarían de más empatía lectora entre quienes se encontraban detrás de esas revoluciones o eran favorables a las mismas. Respecto a los carteles infamantes dirigidos a personas concretas, resulta también evidente que los receptores más atentos estaban en el barrio y en el entorno más inmediato de la persona implicada, además de en ella misma.

Por supuesto, tales expectativas de lectura no eran ajenas a los condicionamientos de la misma, empezando por el hecho de que el tiempo de exposición de dichos materiales solía ser breve. Aun así, la determinación de esas condiciones no anula la posibilidad de una operación lectora diferida, tras retirar el pasquín o el cartel del muro, practicada, con el texto en la mano, por uno mismo o en pequeños cenáculos. De otro lado, el muro podía desencadenar un ejercicio consecutivo de escritura-lectura-escritura, tal y como se advierte en cada uno de los diálogos o conversaciones mantenidos sobre la superficie de una pared. Puede ser el de Hernán Cortés y los capitanes españoles, tras la victoria sobre los aztecas en 1521 y la pugna por el reparto del botín de Tenochtitlan, en los muros de su palacio en Coyoacán, zanjado finalmente por Cortés al escribir «Pared blanca, papel de necios», según lo relata Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (1568) (Texto 5); o el de una prostituta y su cliente en el Madrid de 1655, recogido atentamente por el viajero Antoine de Brunel:

y dicen que hubo una que viendo pintadas en una pared sus partes vergonzosas con esta inscripción: «Sin fondo», al punto tomó un carbón y puso «Falta de cuerda». <sup>118</sup>

La calle y la pared configuradas como espacios sostenidos de la comunicación social, se perciben también en la doble expresión es-

crita acarreada por las fiestas con motivo de la canonización de Raimundo de Peñafort en Barcelona en 1601. Por un lado, los poemas laudatorios del concurso oficial, según se acostumbraba en eventos así; por otro, los poemas y escritos de desafío que se tiraron al suelo o se fijaron en las puertas de la ciudad. Por un lado, la palabra impuesta o autorizada; por otro, la palabra libre o «impropia».<sup>119</sup>

Junto a la exposición sobre la superficie de los muros, algunos de los panfletos y manifiestos de contenido político, manuscritos y principalmente impresos, circularon también de mano en mano, incluso podían ser comprados en determinados puntos de venta, como relata Maura Gamazo al perfilar el marco social del alumbramiento de Carlos II, en noviembre de 1661:

En las puertas de Palacio fijábanse los pasquines, ingeniosos o mordaces, risa de la Corte y escándalo de gentes timoratas...; y allí también se adquirían los libelos y papelones anónimos mandados recoger por la Inquisición o por el Presidente de Castilla.<sup>120</sup>

Las letras mayúsculas o capitales al uso epigráfico, trazadas con un *ductus* rígido para enmascarar la mano del que escribe, a veces identificadas a raíz de las oportunas pericias caligráficas ordenadas por la justicia, eran consustanciales a la condición clandestina y anónima de buena parte de dichas escrituras. Los papeles sin firma, como ese del que da cuenta la Junta de Ejecución del Consejo de Aragón en su reunión del 14 de julio de 1640,<sup>121</sup> eran la tónica habitual en las revueltas políticas. Eso no obsta para que el contenido y la materia de algunos hiciera sospechar a sus contemporáneos sobre la persona autora. Nada excepcional en los carteles infamantes nacidos de los odios, celos, envidias y maledicencias entre las personas, al igual que en ciertos panfletos políticos atribuidos inmediatamente a los más implicados en los respectivos sucesos.<sup>122</sup> El ya citado *El conjuro e ignorante gobierno del Rey pasado*, distribuido en la Corte en 1599, fue asignado a Íñigo Ibáñez, secretario de Felipe III y del Duque de Lerma. Otros, incluso infamatorios, aparecieron firmados, aunque fuera por quien actuaba de intermediario gráfico. Pienso en las octavillas infamantes escritas, en febrero de 1594, contra el sacristán Giovan Nicolò por Giovanni Martini, si bien debió ser su madre, Angela Vallerini, la que se lo mandó, a pesar de que ella lo negara ante las autoridades que la procesaron:

yo escribí esos papelotes, que he reconocido como de mi propio puño, en mi propia casa y en mi habitación, y los escribí porque mi madre me lo dijo y me los dictó ella.<sup>123</sup>

Sometida a las respectivas pruebas caligráficas, la escritura se revela como un mecanismo delator de la identidad y de la educación gráfica de los autores y de las autoras de los carteles infamantes. Sobre esto, acaso lo más destacable, en cuanto representa un universo habitualmente marginado, sea la intervención de miembros de las clases subalternas, principalmente urbanas. Por lo tanto, carteles infamantes y *graffiti*, fundamentalmente, testimonian algunas de las experiencias de apropiación de lo escrito por parte de esos grupos sociales. En el caso, por ejemplo, de los *libelli famosi*, requisados y juzgados por el tribunal criminal de Bolonia, destaca la presencia, entre los autores, de trabajadores de la seda y de algunas mujeres.<sup>124</sup> Los de Roma manifiestan también la intervención de personas de clase medio-baja e integrantes de los sectores artesanales.<sup>125</sup>

A su vez, rastreando la adscripción de las manos que escribieron directamente sobre los muros, tampoco resulta difícil toparse con testimonios correspondientes a la práctica de delegar la escritura en otros, ya fuera por la condición analfabeta de la persona en cuestión o bien por la voluntad de camuflar su identidad. En determinados casos, parece que dicho hábito fue más corriente entre las mujeres, del mismo modo que cierto número de jóvenes célibes ejercieron como escribientes para otras personas.<sup>126</sup> En circunstancias de carácter más general o colectivo, caso de las revueltas, además de los líderes y cabecillas, como ese «capitán general del ejército cristiano» que firmaba la carta-manifiesto anticastellana del 19 de junio de 1640,<sup>127</sup> habría que pensar en comunidades de escritura; es decir, ambientes sociales que decidieron tomar la palabra y grabarla como señal lingüística en el palimpsesto mural.

Su inserción en el espacio de comunicación conformado por los muros se producía por medio de una incisión punzante o mediante un carboncillo, en el caso de los *graffiti*, o fijándolos con cera, engrudo o miga de pan, cuando se trataba de pasquines y libelos. Aquellos que respondían a un agravio estrictamente privado se escribieron comúnmente a mano sobre un papel de formato pequeño y de mala calidad.<sup>128</sup> Por su parte, los manifiestos y panfletos políticos lo solían hacer por vía impresa, asegurando así las condiciones de una difusión más amplia, hasta el punto de poder afirmar, como se ha dicho del *Gran remostrance*, el manifiesto que los líderes de la oposición parlamentaria dirigieron al pueblo de Inglaterra en noviembre de 1641, que pudo ser leído y discutido incluso en las tabernas y cervecerías.<sup>129</sup>

Indudablemente las formas materiales mantienen una estrecha relación con las condiciones de apropiación de dichos textos. Las *ba-*

*llads* divulgadas durante la Inglaterra jacobina (1603-1625) muestran dos características principales: a) la originalidad de su composición, deudora de una cultura de la taberna donde aquellos que poseen un dominio de la escritura (maestros de escuela, procuradores, viajeros cultos) toman la pluma en sus manos y fijan por escrito el producto de una creación oral y colectiva no siempre sujeta a las formalidades de la «institución literaria»; y b) las baladas manuscritas, realizadas para ser distribuidas, recitadas o fijadas a la pared, que imitan los usos de las impresas, retornan a la disposición tipográfica en dos columnas y al ritmo de aquéllas, mostrando así las interrelaciones que se dan entre lo oral y lo escrito, lo culto y lo popular.<sup>130</sup>

Argumentos vinculados a la distinta apropiación son también los que explican el intercambio latín/vulgar de algunos pasquines y el carácter asociado a una y otra lengua. Jerónimo de Barrionuevo lo apuntó a propósito de dos que gozaron de extenso alcance en la Roma de 1655:

Esos dos pasquines han hecho mucho ruido en Roma y por acá: el latino es muy sentencioso; el italiano es bufonesco.<sup>131</sup>

La imbricación entre lo oral y lo escrito se percibe en la composición rimada de muchos de los pasquines y carteles, destinada a una memorización más fácil. Respecto a la propiedad de las rimas, éstas podían oscilar entre la sencillez del motete que, en noviembre de 1655, amaneció en la puerta de la casa de Valdés:

Esta casa de Valdés, de balde es,  
no está acabada; fáltale muy poco o nada:  
la de enfrente es la quemada.<sup>132</sup>

la prosa épica rimada de la canción que narraba las hazañas de dos bandidos, Battistino de Tolè y Gregorio de la Villa, muy conocidos en el condado boloñés en los alrededores de 1580:

el primero en dar el asalto  
fue Gregorio de la Villa  
[...]  
por aquí y por allá ojea,  
salta sobre la vida  
gritando «mata mata»  
«reteniendo» a quien huía  
[...]  
Battistino de Tolè  
se abalanza contra aquellos jinetes

como un perro rabioso  
disparando a aquellos mezquinos  
[...]  
viva, viva Battistino.<sup>133</sup>

o expresiones de factura más elaborada como las «dezimas que se allaron en la puente que derribó el castellano».<sup>134</sup>

Del mismo modo, la competencia textual y lingüística está estrechamente vinculada a los ámbitos de producción y apropiación del texto. Cuando se trata de burlas o insultos se pueden hallar desde expresiones estereotipadas y ritualizadas hasta otras fruto de una mayor inventiva e imaginación.<sup>135</sup> A tal menester no es raro tampoco que se señale la incorrección de algunos textos o la insuficiente calidad de ciertos versos, como sucedió con los tres escritos anti-franciscanos que se lanzaron en la villa de Muge (Portugal) en 1576, «que contenían algunos versos mal hechos».<sup>136</sup> En relación a unos «papelillos a modo de pasquín», que aparecieron colgados el 27 de abril de 1694 en la portería del Colegio de la Compañía de Jesús en Santarem, el informante, además de advertir su contenido herético —«Considerada, no obstante, la materialidad de algunas palabras y abstrayendo si el autor del papel lo escribió estando alucinado o sin saber lo que escribía, me parece herético e injurioso contra nuestra santa fe»—, anotó igualmente las deficiencias del texto, escrito en latín —«El tal papel, según su forma, no tiene construcción gramatical alguna porque consta de ciertas palabras que carecen de significado»—, al punto de precisar que debía corresponder a una persona muy ignorante o sin juicio: «con gran fundamento se puede presumir que fue escrito por personas muy ignorantes o que maliciosamente escriben en la dicha forma o que el autor estaría sin juicio».<sup>137</sup> Sin embargo, cuando se trataba de pasquines producto de una estrategia más organizada, como la que observamos en muchas contestaciones políticas, religiosas o sociales, se aprecia una mayor elaboración tanto en los aspectos lingüísticos y textuales como en el repertorio de las ilustraciones o en la calidad de los soportes empleados. Por ello, la corrección de los términos usados y la pulcritud ortográfica de algunos de esos libelos hace sospechar que sus autores no eran otros que los mismos escritores, bachilleres, estudiantes y personas letradas que tomaban parte en cualquiera de los certámenes poéticos de la época.<sup>138</sup>

La eficacia comunicativa de estas escrituras se asienta en el verbo pero sin descuidar el lenguaje más inmediato y directo de la imagen. Dicha intersección podía producirse en el sentido más elemen-

tal que señalan los habituales dibujos obscenos y las representaciones fálicas, las astas de toro señalando al esposo de mujer adúltera, el dibujo de unos carros en la puerta de las casas, recibido como símbolo de la muerte, o las ristras de ajos relacionadas con la brujería. Otros, aun siendo más historiados, resultaban también aptos para una comprensión masiva por la precisa significación de sus figuras. Pienso ahora en un pasquín aparecido en Roma en 1654 que ironizaba sobre la decadencia de la monarquía hispánica, representada por una vaca gorda y de enormes ubres de la que mamaban tantos becerrillos como enemigos tenía:

En Roma ha salido un pasquín gracioso. Una vaca muy gruesa, con grande ubre, escrito en la frente España. Muchos becerrillos que la maman alrededor, con rótulos: Inglaterra, Flandes, Holanda, Francia, Alemania, Italia y otros enemigos nuestros. Asido de los cuernos, el rey de Francia, teniéndole casi torcida la cabeza, y sobre el lomo, muchos togados con sus gorras, y palos en las manos, que la van guiando, con rotulillos que salen de los labios diciendo: «Por acá; por allá; bien va; dejadla, no caerá».<sup>139</sup>

## El final del viaje

Al término de este recorrido, de nuevo quiero dar la palabra a Jerónimo de Barrionuevo, cuyos apuntes de observador curioso tanto me han guiado por la selva de esta aventura. En el punto que ahora lo traigo, refiere el testimonio de un códice facticio, a la sazón un breviario ricamente encuadernado, impreso en Venecia con los emblemas pontificios, que llegó a las manos del Papa en 1655. Al abrirlo, éste halló en él tal cantidad de pasquines que su disgusto fue mayúsculo, incluso, dicen, que fue esa «una de las causas que le hicieron abreviar más los días de su vida»:

Dícese que llegó a manos del Papa antes de morir un breviario ricamente encuadernado, impreso en Venecia con el retrato de la señora Olimpia, con la tiara en la cabeza y las llaves de San Pedro en las manos, y muchos pasquines en todo él, de que recibió gran pesar; y llamando al Embajador de aquella Señoría, se lo mostró, quejándose de ella; a que satisfizo después de haberla visto, que aquello era hecho dentro de Roma, quitando y añadiendo el encuadernador lo que allí venía, y no en otra parte, siendo ésta una de las causas que le hicieron abreviar más los días de su vida.<sup>140</sup>

Real o no, lo imaginado también es materia de la historia, del modo en que ésta fue vivida y entendida por sus actores. En ese caso, el pasquín consumó su objetivo e hizo efectivo el trastorno tantas ve-



ces pretendido por muchos de los testimonios que he reunido en estas páginas. Por supuesto, no siempre tuvo por qué ser de ese modo; otras, los pasquines, carteles y *graffiti* tuvieron una funcionalidad más ordinaria y hasta vulgar. Pero en todos los casos nos sirven para medir la temperatura del momento, el latido real de la cotidianidad, el valor de la palabra prohibida. Por ello merecen que los rescatemos del fondo de los archivos o los reconstruyamos a partir de las representaciones y descripciones, literarias o artísticas, que de los mismos se conservan. Al despejar el polvo que hoy los recubre en los expedientes donde perviven y al sacarlos del refugio mudo de los archivos y bibliotecas, en su formato original o copiados, para colocarlos sobre la mesa del historiador, tenemos delante la oportunidad de imaginar el momento de su fijación sobre el muro, cuyo rastro permanece en los restos de cera o engrudo mezclados con los granos de la piedra, recuperar el eco de ciertas voces habitualmente silenciadas, vivir aventuras similares y, siempre, emprender un viaje barroco al país de las denuncias, de las invectivas, de las mezquindades y de las esperanzas políticas. Al menos, eso es lo que he intentado experimentar en estas páginas.

## Textos

### 1. Copia manuscrita de un pasquín de 1669

Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 2582, fol. 111. Otra versión, ligeramente distinta, puede verse en Mercedes Etreros, *La sátira política en el siglo XVII*, cit., pág. 467, sin fecha ni signatura de procedencia.

Pasquín que se puso en las puertas de Palacio, Madrid 7 de henero de 1669.

Píntanse las armas de España entre dos águilas, una blanca y otra negra, que tenían entre las uñas el corderillo del tussón y abaxo los consexeros en forma de lobos hambrientos, y esta redondilla:

#### *El corderillo a las águilas*

Entre aquesta confusión  
aquestas que me atropellan  
aunque ves que me desuellan  
no me quitan el tusón.

#### *A lo lobos*

De mis pobres carnes luego  
estos que nunca están artos  
me comen asta los quartos  
entre lobos anda el juego.



Fig. 1. Pasquín judaico difundido en Santarém (Portugal), 1689. Arquivos Nacionais de Torre do Tombo, *Inquisição de Lisboa*, liv. 258, «Cadernos do Promotor», fol. 296 r.

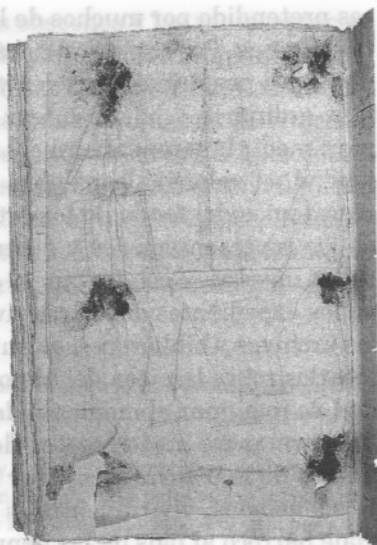


Fig. 2. Verso del pasquín anterior.



Fig. 4. Cartel infamante (ca. 1580-1600). Archivio di Stato di Bologna, *Archivio del Tribunale del Torrione*, reg. 2607, fol. 5v. Reproducido de C. Evangelisti, «Acetto calamo...», cit., fig. 15.

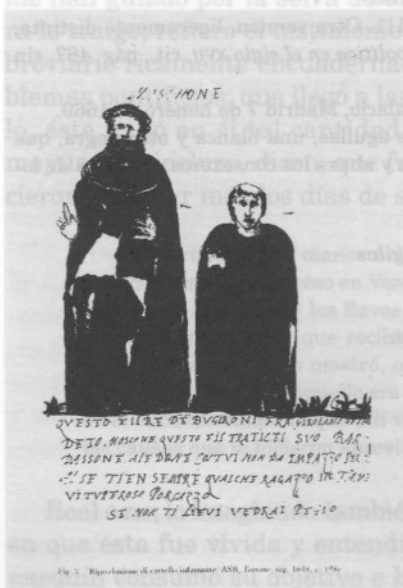


Fig. 3. El clero ridiculizado. Copia notarial de un cartel infamante aparecido en la ciudad de Faenza (Italia) contra los frailes Moschone y Bardassone (ca. 1580-1600). Archivio di Stato di Bologna, *Archivio del Tribunale del Torrione*, reg. 1648, fol. 198v. Reproducido de C. Evangelisti, «Acetto calamo...», cit., fig. 3.

Fig. 3. Riproduzione di cartello infamante ASB, Torino, reg. 1648, c. 198v.

### *Las armas*

Gimen las armas de España  
más con sentimientos mudos  
de que tienen sus escudos  
las ágiles de Alemania.

Del pico del águila blanca salía esta letra que decía:

Dineros y no consexeros

De la negra ésta:

Usque ad consumationem seculo.

## **2. Un libelo contra la virginidad de María (Granada, 1640)**

Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada. Descripción del Reino y Ciudad de Granada. Crónica de la Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646*. Fac-símil de la edición de Antonio Martín Ocete (1934), con estudio preliminar de Pedro Gan Giménez e índice preparado por Luis Moreno Garzón, II, Granada, Universidad de Granada-Ayuntamiento de Granada 1987. He normalizado la acentuación de los textos.

*abril, 6*

[pág. 846] En seis días del dicho mes de abril deste dicho año de 1640, viernes santo por la mañana, amaneció en las esquinas de la pared de las casas del cavildo desta ciudad de Granada, un libelo infamatorio en contra de nuestra Santa fe católica y en contra de la pureza y virjinidad de nuestra Señora, el qual le hallaron fijado en la dicha pared y los que le hallaron le llevaron al Tribunal del Santo oficio. Estava escrito con una pluma de caña; causó este libelo grande escándalo en los vecinos desta ciudad.

*abril, 9*

[pág. 847] En nueve días del dicho mes de abril deste año de 1640, segundo día de pasqua de Resurección, el tribunal Santo de la Ynquisición con acuerdo de los demás tribunales que se ofrecieron para ello enbiaron a la santa Yglesia al licenciado Sebastián Pretel, clérigo presbítero y secretario del Santo oficio el qual publicó y leyó en la dicha Santa Yglesia un edito por el Santo Tribunal publicando y declarando por herejes a todos aquellos que pusieron el libelo o fuesen cómplices en el delito o encubridores y prometiendo mil ducados por parte de la ciudad a qualquiera que los descubriese luego pagados y ansimismo se hicieron grandes prisiones de portugueses por indicios, aunque al presente no se descubrió cosa alguna.

*abril, 15*

[pág. 850] Domingo quince días de abril el Tribunal Santo de la Ynquisición, siguiendo con las censuras contra los pérfidos herejes que pusieron los libelos en contra de nuestra Santa fe católica, se leyó en la Santa Yglesia el anatema matando bellas y tocando campanas, dando por públicos escomulgados a los fautos de tan sacrílego delito, a ellos y a los encubridores y boluiendo a prometer de nuebo los mil ducados para la persona que los descubriese.

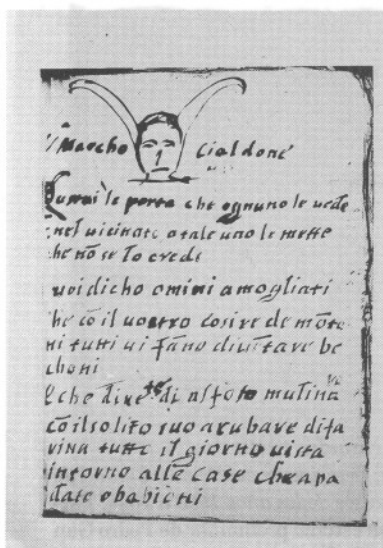


Fig. 5. Marco Carolei, cornudo. Cartel infamante fijado cerca de su casa (1601). Archivo di Stato di Roma, Tribunale Criminale del Governatore, Processi sec. XVII, b. 167, fol. 107. Reproducido de A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo...*, cit., núm. 76 (págs. 24, 78).

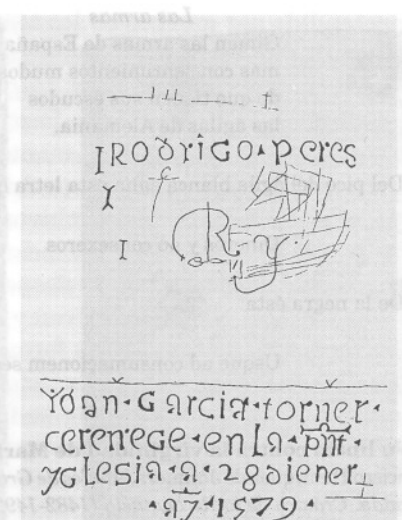


Fig. 6. Inscripción incisa, 1579. Catedral de Mallorca, exterior de la Sala de Campanas. Reproducido de M. Bernat i Roca et al., *Els graffiti del campanar...*, cit., fig. 95.

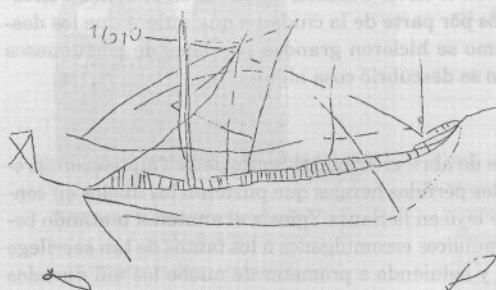


Fig. 7. Graffiti figurativo inciso, 1610. Catedral de Mallorca, Cámara mediana. Reproducido de M. Bernat i Roca et al., *Els graffiti del campanar...*, cit., fig. 17.

*abril, 16*

[pág. 851] En este día diez y seys del dicho por la noche los gentiles hombres de las casas y lustres de Granada y de señoras otras nobles y oidores, hicieron una máscara muy galante en festejo de nuestra Señora del triunfo, todos a cavallo con sus hachas y muy lucidas galas a quien apadrinaron algunos cavalleros; pasearon la ciudad y en las partes públicas iban fijando carteles de madera fijadas en ellas el nonbre de María con letras de oro en campo azul y en cada una un atributo por escudo, que fue una cosa de que dieron mucha alegría y ánimo a los debotos pechos de quien sienpre se dedica a tan soberana reina.

*abril, 18*

[pág. 851] Miércoles diez y ocho días del mes de abril deste dicho año de 1640 los dos cavildos desta ciudad de Granada, el de la Santa Yglesia y el de la ciudad celebraron una grandiosa fiesta a nuestra Señora en la dicha Santa Yglesia, a fin que nuestra Señora descubriese a los que pusieron el detestable libelo; hicieron dos altares grandiosos a las dos lados de la capilla de nuestra Señora del Antigua, a la qual baxaron más baja en un grande altar curiosamente adereçado, a donde estuvo por espacio de ocho días a donde se hacían cada día grandes rogatibas.

*abril, 20*

[pág. 852] Y este día viernes en la noche los terceros de la horden de nuestro padre San francisco fueron con grandísima deboción al Sacromonte Ylipulitano en procesión con mucha jente de acompañamiento, todo a fin a que nuestro Señor descubriese los protervos herejes del libelo. Salióles a recibir el cavildo, abad mayor y canónigo del Sacro Monte, todos con su cera; hícoles una grande plática el doctor don francisco de barahona, canónigo del Monte Santo y ansimismo ubo esta noche en el Sacro Monte muchos fuegos y luminarias maravillosos.

*mayo, 22*

[pág. 857] En veynte y dos días del mes de mayo deste año de 1640 el cavildo de la Santa Yglesia de Granada empeçó un nobenario de fiestas a nuestra Señora de la Antigua con sus rogatibas, a fin de que nuestro señor descubriese los protervos erejes que pusieron los libelos en contra de la pureça virjinal suya; fueron las fiestas y nobenario de mucha hostentación: el primero día acudió a asistir el cavildo de la ciudad a las vísperas y a la misa y los demás días las Relijiones de quien era el púlpito, por conbidados para la fiesta.

*junio*

[pág. 862] En este año de 1640, por el mes de junio, el tribunal del Santo Oficio de la Ynquisicion prendió por indicios de los libelos a uno de los hermitaños del Triunfo de nuestra Señora abiendo confesado ser él. En siete días del mes de junio deste dicho año el tribunal enbióle gracias a los demás tribunales, dándoles quenta del caso y se publicó por la ciudad. Por lo qual se pregonó por el señor Corregidor que la noche siguiente se pusiesen luminarias: mandóse repicar las canpanas y se dieron gracias a Dios y a nuestra Señora por tal favor. El cavildo y rejimiento fue a dar las gracias a la Santa Yglesia, que junto con el cavildo eclesiástico las dieran y se cantó el Te Deum laudamus y el tribunal del Santo Oficio con sus familiares fueron a dar las gracias al Triunfo de la Virgen de día por la tarde. Y ansimismo el majestuoso acuerdo fue a dar las gracias al Real conbento de nuestra Señora de gracia con

todos sus ministros a cavallo, que pareció muy bien. El cavildo de la ciudad después de aver vuelto a su cabildo de dar las gracias botaron fiestas reales de toros las quales se pregonaron esta dicha tarde pa- [pág. 863] ra veynti y cinco días del mes de agosto. Llegó la noche y se encendió en fuegos toda la ciudad y se disparó toda el artillería en el Alhambra y demás fortaleças y para que la fiesta fuese cumplida se previno para las once de la noche una curiosa máscara hordenada de repente, de la qual fueron padrinos [*sigue relación de personas*], que fueron los que cerraron la máscara que alegró mucho a toda la jente que con mil victorias le aplaudieron. Baxaron esta dicha noche antes de la máscara los señores canónigos del Sacro Monte en procesión a dar gracias al Triunfo de nuestra señora y los Padres Capuchinos y otros conventos con sus comunidades, todos goçosos y contentos de que Dios ubiese descubierto al causador de tantas inquietudes.

julio 8

[pág. 863] Y el domingo siguiente, ocho del dicho mes de julio, para que tubiese la fiesta el lucimiento que se requería se previnieron ocho toros para que corriesen por la tarde deste dicho día y para alentar a los cavalleros para principio de las dichas fiestas pregonadas corriéronse los ochos toros en la plaça de bibarrambla que se desenbarcó para el dicho efeto con que tubo la fiesta todo el lleno que pudo tener.

diciembre, 16

[pág. 879] En dies y seis días del dicho mes de diciembre deste año de 1640, domingo, se hiço un aucto público en esta ciudad de Granada por el tribunal del Santo Oficio de la Ynquisición; híçose en el real convento de Santo Cruz a donde fueron penitenciados siete personas, quatro hombres y tres mujeres. Entre los quales fue penitenciado el ermitaño del Triunfo de nuestra Señora por aver puesto los libelos en contra de la pureça de la Virjen y por averle hallado virjen de toda raça y aberse dado a la misericordia le sacaron con un sanbenito y los condenaron para las galeras por dies años.

### 3. Los panfletos durante la rebelión de los catalanes (1640)

*Discursos tocantes al Principado de Cathaluña para su gobierno y conservación*, 1640. Archivos Nacionais Torre do Tombo. Casa Cadaval, 23, fols. 160-206: 160v.

En esta ocasión no he podido contenerme, en los límites del silencio, porque auien-do llegado a mis manos un papel impreso en Barcelona que se intitula *Proclamación Católica a la Magestad piadosa de Phelipe el grande, rei de las Españas y emperador de las Indias, nuestro señor, por los consilleres y consejo de ciento de la ciudad de Barcelona*, y teniendo por noticia de que corrían muchos en esta corte, procuré auer alguno a las manos, y me afligí tanto de uer los desacuerdos que contiene, que no tube mayor consuelo, en el dolor que me causaron, que imaginar que este papel era supuesto de algún enemigo de los ministros y que tomaba el nombre y autoridad de el gouierno de tan insigne ciudad, para derramar la ponçoña de su corazón malicioso, apasionado y ciego; después llegué a entender que corría por lo que sonaba y que se tenía por cierto que se auía echo con sabiduría y orden de los consilleres, y (aunque no lo creo, por no dar por cierto quanto e oído se puede decir de la ceguedad con que en ese gouierno se procede), viendo que el sentimiento y juicio común es contra el mío en el autor que da este papel, e tenido por mi obligación (como ijo de mi patria que siempre se condolerá de que la empenen en desaciertos y le desea de todo corazón el bien y descanso de que a goçado tantos años), tomar la pluma con sinceridad y celo para aduer-

tir sin pasión las inconsideraciones y inconuenientes que pueden reconocer los menos atentos...

#### 4. Avatares de un pasquín contra el rey muerto (1599)

Luis Cabrera de Córdoba, *Relación de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, prólogo de Ricardo García Cárcel, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997 (facsimil de la edición de 1857), págs. 55-56, «De Madrid 1.º de enero de 1600». He normalizado los acentos y desarrollado la abreviatura de Su Magestad.

De algunos días a esta parte anda en esta Corte un papel intitulado: *El Confuso e ignorante gobierno del Rey pasado*, con aprobación del que agora hay, y en él se habla muy mal y con grande libertad del Rey difunto y de sus ministros; el cual se ha tomado muy mal por todos los que lo han leído, y aún se entiende que han ido a Italia y Francia y otras partes diferentes traslados de él, y conforme a esto se ha murmurado de no se hacer proceder a la averiguación y castigo contra quien le hubiese hecho. Los predicadores han comenzado a reprenderlo en los pulpitos, y el último domingo del adviento fray Castroverde, en la capilla Real, cargó la mano a *Su Magestad* sobre ello. Y dentro de dos días después, prendió un alcalde de Corte a Íñigo Ibáñez, secretario del Rey y del duque de Lerma, porque se averiguó que lo había hecho él; al cual llevó a la cárcel de Corte y puso en la cámara del tormento, donde está, y juntamente han preso a otros diez o doce, por haber escrito y dado traslado del dicho papel, con lo cual parece que el pueblo se ha sosegado, esperando se ha de hacer ejemplar castigo. Tenían creído que *Su Magestad* y el duque de Lerma lo sabían y disimulaban, lo que a todos parecía mal, principalmente que se decía que estando en Valencia *Su Magestad*, lo leyeron muchos allá, y que según ha andado público, no era posible haber dejado de llegar a sus oídos; pero ahora afirman entrambos que hasta que se predicó en la capilla Real, no lo habían entendido; esto constará del castigo que se hiciere, que si es conforme a lo que merece tan grande atrevimiento, será muy ejemplar.

#### 5. Los muros toman la palabra en los palacios de Cortés (después de 1521)

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568), edición de Miguel León-Portilla, texto a partir de la edición crítica de Carmelo Sáenz de Santa María, b, Madrid, Historia 16, 1985<sup>3</sup> («Crónicas de América», 2b), cap. CLVII, «Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chapultepeque, e otras muchas cosas», págs. 124-125. Los textos en cursiva, señalados así en la edición que sigo, indican que no constan en el manuscrito de Guatemala, una de las versiones que han transmitido la *Historia* de Bernal.

y como Cortés estaba en Cuyoacan y posaba en unos *grandes* palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir con carbón y con otras tintas, *amanecían* cada mañana escritos motes, unos en prosa y otros en versos, algo maliciosos, a manera como mase-pasquines e libelos; y unos decían que el sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, e que si algunas veces salen más de la inclinación para que fueron criados más de sus medidas, que vuelven a su ser, y que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar; y otros decían que más conquistados nos trata que la *misma* conquista que dimos a México, y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva España, sino

conquistados de Hernando Cortés; y otros // decían que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino tomar parte *de quinto* como rey, sin otros aprovechamientos que tenía; y otros decían: «¡Oh, qué triste está el anima mea hasta que la parte vea!» Otros decían que Diego Velázquez gastó su hacienda e descubrió toda la costa hasta Pánuco, y la vino Cortés a gozar; y decían otras cosas *como estas*, y aun decían palabras que no son para *decir* en esta relación. Y *como* Cortés salía *cada* mañana y lo leía, y como estaban *unas chanzonetas* en prosa y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia cada mote y copla a lo que *iba* inclinada y a fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas a las loas de su heroicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velázquez y Grijalba y Narváez, respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo que escribía; y de cada día iban más desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios». Y amanecía más adelante: «Y aun de sabios y verdades». Y *aun* bien supo Cortés quién lo escribía, y fue *un* fulano Tirado, amigo de Diego Velázquez, yerno que fue de Ramírez «el viejo» que vivía en la Puebla, y un Villalobos, que fue a Castilla, y otro que se decía Mansilla, y otros que ayudaban de buena para que Cortés sintiese a los puntos que le tiraban. Y Cortés se enojó y dijo públicamente que no pusiesen malicias, que castigaría a los ruines desvergonzados.

## Notas

1. «Y el lunes siguiente, a 19 de éste [febrero de 1657], amanecieron en todas las partes públicas otros pasquines pintados, graciosos...», véase *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*, II, edición y estudio preliminar por A. Paz y Melia, Madrid, Atlas, («Biblioteca de Autores Españoles», CCXXII), 1969, págs. 59-60, y en la antología Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, edición, introducción y glosario de José M.<sup>a</sup> Díez Borque, Madrid, Editorial Castalia-Comunidad de Madrid, 1996, pág. 169, Madrid, 21 de febrero de 1657. Esta fecha, que anotaré siempre que cite los *Avisos* de Barrionuevo, corresponde al día en que el autor consigna por escrito las noticias que periódicamente iba reuniendo.

2. Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1991 [originalmente, *Le goût de l'archive*, París, Éditions du Seuil, 1989], págs. 47-48.

3. Aunque referido principalmente al ámbito italiano, véase Francesco Sabatini, Sergio Raffaelli y Paolo D'Achille, *Il volgare nelle chiese di Roma. Messaggi graffiti, dipinti e incisi dal IX al XVI secolo*, Roma, Bonacci Editrice, 1987; y Claudio Ciociola (ed.), «Visibile parlare». *Le scritture esposte nei volgari italiani dal Medioevo al Rinascimento*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1997.

4. Peter Burke, *Scene di vita quotidiana nell'Italia moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1988 [originalmente, *The Historical Anthropology of Early Modern Italy. Essays on Perception and Communication*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987], pág. 163.

5. Véase Francisco M. Gimeno y Vicente J. Escartí, *Los testimonios cronísticos del uso de las escrituras populares-escrituras criminales en la Valencia del siglo XVII*, «Alfabetismo e cultura escrita», nueva serie, 1, 1988, págs. 23-28: 25; y Vicent Josep Escartí y Marc Jesús Borràs, «Albarans de commoure» a la València del xv. *Sobre els usos públics i criminals de l'escriptura*, en Antoni Ferrando y Albert G. Hauf (eds.), *Miscel·lània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura*, IV, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991, págs. 75-96.



6. Véase V. Marucci, A. Marzo y A. Romano (ed.), *Pasquinate romane del Cinquecento*, Roma, Salerno editrice, 1983; V. Manucci (ed.), *Pasquinate del Cinque e Seicento*, Roma, Salerno editrice, 1988; A. Marzo (ed.), *Pasquino e dintorni. Testi pasquineschi del Cinquecento*, Roma, Salerno editrice, 1990; y Ch. Lastraoli, *Le pasquinate italiane del ms. N.A.F. 3107 della Bibliothèque Nationale di Parigi*, «Filologia & Critica», XXIII, 1998, págs. 72-116.

7. Véase R. Chartier, *Pamphlets et gazettes*, en R. Chartier y H.-J. Martin (eds.), *Histoire de l'édition française*, I, *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Promodis, 1982, págs. 405-425: 405-410.

8. Véase Claudia Evangelisti, «*Libelli famosi*»: *processi per scritte infamanti nella Bologna di fine '500*, «Annali della Fondazione Luigi Einaudi», XXVI, 1992, págs. 181-239, y «*Accepto calamo, manu propria scripsit*». *Prove e perizie grafiche nella Bologna di fine Cinquecento*, «Scrittura e Civiltà», XIX, 1995, págs. 251-275.

9. Laura Antonucci, *L'alfabetismo colpevole. Scrittura criminale esposta nella Roma del '500 e '600*, en *Roma e lo Studium Urbis. Spazio urbano e cultura del Quattro al Seicento*, Atti del convegno, Roma, 7-10 junio 1989, Roma, Ministero per i Beni Culturale e Ambientali-Ufficio Centrale per i Beni Archivistici, 1992 («Pubblicazione degli Archivi di Stato», Saggi, 22), págs. 277-288: 278, n. 5.

10. Rita Marquilha, *A faculdade das letras. Leitura e escrita em Portugal no século XVII*, Dissertação de Doutoramento em Linguística Portuguesa, Universidade de Lisboa, 1996, pág. 87. Una edición revisada y ampliada será publicada por la Imprensa Nacional.

11. Omito las muchas referencias bibliográficas que se podrían aducir para los distintos ámbitos geográficos de la Europa Moderna, mucho más por el desarrollo que los estudios sobre la alfabetización han experimentado en las últimas décadas. Con todo, en mi descargo, me acojo básicamente a los datos más generales que se pueden encontrar en Rab Houston, *Alfabetismo e società in Occidente, 1500-1850*, en Attilio Bartoli Langeli y Xenio Toscani (eds.), *Istruzione, alfabetismo, scrittura. Saggi di storia dell'alfabetizzazione in Italia (sec. XV-XIX)*, Milán, FrancoAngeli, 1991, págs. 13-60 [Antes en «Social History», VIII,3, 1983, págs. 269-293] y *Literacy in Early Modern Europe. Culture and Education, 1500-1800*, Londres, Longman, 1988; R. Chartier, *Las prácticas de lo escrito*, en Ph. Ariés y G. Duby (comps.), *Historia de la vida privada*, III, *Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989 [originalmente, *Les pratiques de l'écrit*, en Ph. Ariés et G. Duby (comps.), *Histoire de la vie privée*, III, *De la Renaissance aux Lumières*, Paris, Seuil, 1985], págs. 113-161: 113-126; y Harvey J. Graff, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale*, II, *L'età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 1989 [originalmente, *The Legacies of Literacy. Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 1987], págs. 67-136.

12. Gian Bruno Ravenni, *La scrittura come segno del potere. I «pasquini» dell'Archivio Storico di San Giovanni Valdarno*, en *Per un archivio della scrittura popolare. Atti del seminario nazionale di studi*, Roveretto, 2-3 ottobre 1987, monográfico de «Materiali di Lavoro. Rivista di Studi Storici», nueva serie, 1-2, 1987, págs. 182-184: 183.

13. Attilio Bartoli Langeli y Daniele Marchesini, *I segni della città: Parma, secoli XVI-XVIII*, «Alfabetismo e cultura scritta. Notizie del seminario permanente», [6], junio 1985, págs. 17-20: 18.

14. Fernando R. de la Flor, *La ciudad escrita. Fragmentos para una arqueología de la lectura urbana*, «Astrágalo», 2, 1995, págs. 43-50: 43.

15. A. Bartoli Langeli y D. Marchesini, *I segni della città...*, cit., pág. 17 y, de los mismos autores, *I segni della città: Parma nell'Antico Regime*, «Storia Urbana», X, 34, 1986, págs. 5-9: 5.

16. Aunque sea solamente de manera introductoria, me he aproximado a ello en A. Castillo Gómez, *La fortuna de lo escrito. Funciones y espacios de la razón gráfica (Siglos xv-xvii)*, «Bulletin Hispanique», 100, 2, 1998, págs. 343-381: 374-380.

17. Sobre ésta, véase Italo Calvino, *La ciudad escrita: epígrafes y graffiti* (1980), en su libro *Colección de arena*, Madrid, Siruela, 1998 [originalmente, *Collezione di sabbia*, Palomar, 1990], págs. 119-126. Se trata de una reflexión a propósito del ensayo de A. Petrucci, *La scrittura fra ideologia e rappresentazione*, publicado inicialmente en el tomo X de la *Storia dell'arte italiana* de la editorial Einaudi (1980) y después como monografía, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986.

18. A. Petrucci, *Scritture popolari-scritture criminali nell'Archivio di Stato di Roma*, «Alfabetismo e cultura scritta. Notizie del seminario permanente», [3], septiembre 1981, págs. 23-25: 24.

19. Arxiu Municipal de València, *Manuals de consell*, A-40, fol. LXXXIV, 1474, consell del 27 de març. Véase la transcripción del texto catalán en Vicent Josep Escartí y Marc Jesús Borràs, «Albarans de commoure»..., cit., pág. 95.

20. *Constituiçoens synodaes do arcebispado de Braga, ordenadas no anno de 1639*, Lisboa, Na Officina de Miguel Deslandes, 1697, pág. 649.

21. Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, I, edición de Harry Sieber, Madrid, Cátedra, 1980, pág. 236.

22. Gastão de Melo de Matos, *Panfletos do século xvii*, «Anais», X (Ciclo da Restauração de Portugal), 1946, págs. 9-273: 16.

23. Sobre este concepto, véase Jacques Le Goff, *Documento/monumento*, en su libro *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991 [originalmente, *Storia e memoria*, Turín, Einaudi, 1982], págs. 227-239 [Anteriormente en edición bilingüe, euskera-castellano, en «Iragi. Revista de Archivística», II, 1989, págs. 103-131].

24. R. Aulotte, *Présentation*, en *Le pamphlet en France au xvi<sup>e</sup> siècle*, París, École Normale Supérieure de Jeunes Filles, 1983, pág. 7. Para otro momento, pueden verse los estudios sobre los grafitos pompeyanos de Pedro Paulo Abreu Funari, *Cultura(s) dominante(s) e cultura(s) subalterna(s) em Pompéia: da vertical da cidade ao horizonte do possível*, «Revista Brasileira de História», VII, 13, 1986-1987, págs. 33-48, y, especialmente, su libro *La cultura popular en la Antigüedad clásica*, Sevilla, Editorial Gráficas Sol, 1991.

25. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, I, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica («Biblioteca Clásica»; 50), 1998, pág. 107.

26. Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 [originalmente, *Power in Movement*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994], págs. 93-115.

27. Joan Garí, *Mentre els murs no deixen de parlar. Una visió semiòtica del graffiti*, en F. M. Gimeno Blay y M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra (ed.), «Los muros tienen la palabra». *Materiales para una historia de los graffiti*, Valencia, Universitat de València-Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1997, págs. 247-269: 248.

28. *Constituiçoens synodaes do arcebispado de Braga*..., cit., pág. 650.

29. Ha sido editado, sin los grabados pero con las notas manuscritas de L'Estoire, en las *Mémoires journaux de Pierre de L'Estoire*, publicadas por MM. Brunet, Champolion, Halphen, Paul Lacroix, Charles Read, Tamizey de Larroque, Tricotel, IV, *Les belles figures et drolleries de la Ligue*, París, 1888. Véase Christian Jouhaud, *Lisibilité et persuasion. Les placards politiques*, en R. Chartier (comp.), *Les usages de*

*l'imprimé (xv<sup>e</sup>-xix<sup>e</sup> siècles)*, París, Fayard, 1987, 309-342: 311 y, del mismo, *Nota sui manifesti e i loro lettori (secoli xvi-xviii)*, «Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa», Classe di Lettere e Filosofia, serie III, XXIII, 2, 1993, págs. 411-426: 415.

30. Ambos términos han sido empleados por Laura Antonucci, *La scrittura giudicata. Perizie grafiche in processi romani del primo Seicento*, «Scrittura e Civiltà», 13, 1989, págs. 489-534 y *L'alfabetismo colpevole...*, cit., págs. 277-288.

31. Sobre esto me remito a Francisco M. Gimeno Blay, «*Défense d'afficher*». Cuando escribir es transgredir, en F. M. Gimeno Blay y M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llaveda (ed.), *Los muros tienen la palabra...*, cit., págs. 11-25.

32. Arxiu Municipal de València, *Manuals de consell*, A-40, fol. LXXXXIV, 1474, consell del 27 de març. Véase en Vicent Josep Escartí y Marc Jesús Borràs, «*Albarans de commoure*...», cit., pág. 95.

33. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611, con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en 1674), edición de Martín de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1993, pág. 764.

34. Citado en A. Petrucci, *La scrittura...*, cit., págs. 117-118.

35. A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo nella Roma Barocca, 1585-1721*, Roma, Edizioni Qasar, 1982, n.º 73 (pág. 24) y n.º 175 (pág. 43), y P. Burke, *Scene di vita quotidiana*, cit., págs. 128-129.

36. *Constituiçoens synodaes do arcebispado de Braga*, cit., pág. 649.

37. Giovan Battista De Luca, *Il dottor volgare ouvero compendio di tutta la legge civile, canonica, feudale e municipale nelle cose più ricevute in pratica*, Roma, Giuseppe Corvo, 1673, pág. 256. Véase en C. Evangelisti, «*Libelli famossi*...», cit., pág. 182, para la cita, y págs. 182-183 y 221-232, en relación a la doctrina jurídica sobre los libelos.

38. Me he ocupado del significado de ellas en A. Castillo Gómez, *Del oído a la vista: espacios y formas de la publicidad del escrito (siglos xv-xvi)*, en José M.<sup>a</sup> Soto Rábanos (dir.), *Pensamiento Medieval Hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, I, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Centro de Estudios Históricos-Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León-Diputación de Zamora, 1998, págs. 473-496.

39. Una transcripción y reproducción del documento puede verse en *Barcelona en temps dels Austries. La vida a la ciutat en el Renaixement i el Barroc, 1492-1714*, Barcelona, Museu d'Història de la Ciutat, Ajuntament de Barcelona, 1996, pág. 152.

40. Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada. Descripción del Reino y Ciudad de Granada. Crónica de la Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646*, II, edición de Antonio Martín Ocete, estudio preliminar por Pedro Gan Giménez, índice por Luis Moreno Garzón, Granada, Universidad de Granada-Ayuntamiento de Granada, 1987, págs. 846-879.

41. *Constituições synodaes do arcebispado de Braga* (1639), cit., pág. 650.

42. C. Hill, *El mundo trastornado: el ideario popular extremista de la revolución inglesa del siglo xvii*, Madrid, Siglo XXI, 1983 [originalmente, *The world turned upside down. Radical ideas during the English Revolution*, Maurice Temple Smith, 1972].

43. Pedro Tena Tena, *Censuras literarias en España (1492-1505)*, «Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales», n.º 7, 1997, págs. 139-150: 141.

44. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Lisboa. *Inquisição de Lisboa*, liv. 221, «Cadernos do Promotor», fol. 5r. Véase también R. Marquilhas, *A faculdade das letras...*, cit., pág. 61.

45. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Lisboa*, liv. 258, «Cadernos do Promotor», fol. 296r-v.

46. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Coimbra*, liv. 300, «Cadernos do Promotor», fol. 739r.
47. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Coimbra*, liv. 310, «Cadernos do Promotor», fols. 169-172. Además, para los pasquines portugueses véase R. Marquilha, *A faculdade das letras...*, cit., págs. 57-63.
48. Ch. Jouhaud, *Lisibilité et persuasion...*, cit., pág. 309.
49. *Ibid.*, págs. 311-312 y, del mismo autor, *Nota sui manifesti...*, cit., págs. 415-416.
50. Para ir abriendo boca, véase el texto del cartel infamante contra el cardenal Flaminio Piatti, «gobernador de las putas», colocado en la plaza Navona de Roma el 25 de abril de 1601, en A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo*, cit., n.º 75 (pág. 24).
51. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658)*, edición y estudio preliminar por A. Paz y Melia, I, Madrid, Atlas («Biblioteca de Autores Españoles», CCXXI), 1968, pág. 67, Madrid, 10 de octubre de 1654.
52. *Ibid.*, pág. 295, Madrid, 12 de julio de 1656.
53. *Ibid.*, pág. 275, Madrid, 6 de mayo de 1656.
54. Hieronymo Freire Serrão, *Discurso politico da excellencia, aborrecimiento, perseguição, & zelo da verdade*, Lisboa, Na officina de Lourenço de Anveres, 1647 (1.ª ed., 1634), pág. 134. La tipología de Jerónimo Freire sobre las formas de dirigir la palabra al rey, en cuanto permite comprender el funcionamiento del espacio público, entendido en sus relaciones con la producción y transmisión de los discursos políticos orales o escritos, fue estudiada por Diogo Ramada Curto, *O discurso político em Portugal (1600-1650)*, Lisboa, Centro de Estudos de História e Cultura Portuguesa-Projeto Universidade Aberta, 1988, págs. 143-155 y pág. 153, para la cita sobre los pasquines.
55. Archivo de los Condes de Bornos, Variarum XXII. Editado en Fernando J. Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca...*, cit., pág. 144.
56. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, cit., II, pág. 59; Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos del Madrid...*, cit., pág. 169, Madrid, 21 de febrero de 1657.
57. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, cit., II, págs. 59-60; J. de Barrionuevo, *Avisos del Madrid...*, cit., págs. 169-170, Madrid, 21 de febrero de 1657.
58. *Salisbury Papers*, S, pág. 250, el testimonio corresponde al año 1608. Citado en José M.ª Díez Borque, *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1990, pág. 130.
59. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 69, Madrid, 14 de octubre de 1654.
60. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 293, Madrid, 5 de julio de 1656.
61. Añadido en nota sólo algunos más. En Bolonia, entre 1620 y 1622, aparecieron blasfemias y amenazas contra la autoridades políticas y religiosas, aparte de los excrementos que se arrojaron sobre las imágenes sagradas de la ciudad, según refieren Carlo Ginzburg y Marco Ferrari, «*La colomba ha aperto gli occhi*», en *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*. Atti del Seminario tenutosi a Perugia il 29-30 marzo 1977, Perugia, Università degli Studi, 1978, págs. 311-319: 312. En Lisboa, en 1654, se difundieron panfletos críticos contra la Junta de Comercio de Brasil, véase Gastão de Melo de Matos, *Panfletos do século XVII...*, cit., pág. 54. Por último, en la Valencia del siglo XVII tampoco escasearon los libelos y octavillas contra los regentes de la ciudad, véase Francisco M. Gimeno y Vincente J. Escartà, *Los testimonios cronísticos...*, cit., págs. 23-28.
62. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, II, cit., pág. 35; J. Barrionuevo, *Avisos del Madrid...*, cit., pág. 169.

63. José Pellicer y Tobar [José Pellicer de Osau y Tobar], *Avisos históricos que comprenden las noticias y sucesos más particulares ocurridos en nuestra Monarquía, desde 3 de enero 1640 a 25 octubre 1644*, I, Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 7692, fol. 17v. Con algún error de transcripción, en J. Pellicer de Osau, *Avisos históricos*, edición antológica a cargo de Enrique Tierno Galván, Madrid, Taurus, 1965, pág. 60.

64. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 113; J. Barrionuevo, *Avisos del Madrid...*, cit., pág. 167, Madrid, 15 de febrero de 1655.

65. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 277, Madrid, 6 de mayo de 1656.

66. Véase P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cap. VIII, «Insulti e bestemmie», págs. 118-137.

67. Luis Cabrera de Córdoba, *Relación de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, prólogo de Ricardo García Cárcel, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997 (facsimil de la edición de 1857), pág. 22.

68. Ch. Jouhaud, *Nota sui manifesti...*, cit., pág. 412.

69. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, II, cit., pág. 97, Madrid, 18 de julio de 1657.

70. Véase Catálogo de la colección de folletos *Bonsoms* relativos en su mayor parte a historia de Cataluña, I. *Folletos anteriores a 1701*, Barcelona, Diputación Provincial-Biblioteca Central, 1959; y Henry Ettinghaussen (ed.), *La guerra dels segadors a través de la premsa de l'època*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1993.

71. Algunos apuntes y anotaciones bibliográficas en João Francisco Marques, *A parenética portuguesa e a Restauração, 1640-1668. A revolta e a mentalidade*, I, Oporto, Instituto Nacional de Investigação Científica-Centro de História da Universidade do Porto, 1989, pág. 10.

72. Sobre el papel que jugaron en ésta los panfletos, además de los notas generales de los trabajos ya citados de Ch. Jouhaud y R. Chartier, se puede acudir más puntualmente a las monografías de Hubert Carrier, *La Fronde. Contestation démocratique et misère paysanne. 52 mazarinades*, París, EDHIS, 1982, y *La presse de la Fronde (1648-1653): les mazarinades*, Ginebra, Droz, 1989-1991; y al estudio de Ch. Jouhaud, *Mazarinades: La Fronde des mots*, París, Aubier, 1985; así como la lectura que del mismo hizo Michel de Certeau, *L'expérimentation d'une méthode: les Mazarinades de Christian Jouhaud*, «Annales. Économies, Sociétés, Civilisation», 1986, n.º 3, págs. 507-512.

73. *Norte de Príncipes, Virreis, Presidentes, Consejeros, Gobernadores y aduertimientos políticos sobre lo público y particular de una monarquía, importantísimos a los tales, fundados en materia y raçon de estado y gouierno*. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Casa de Cadaval, 17, «Papeis vários curiosos», fols. 144-174: 147v. El subrayado es mío. Atribuida a Antonio Pérez, según Gregorio Marañón resulta harto dudoso que fuera él su autor, siendo más probable que se deba a Baltasar Álamos de Barrientos, aunque escrita con las ideas del primero. Véase G. Marañón, *Antonio Pérez*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998 (1947, 1.ª ed.), págs. 806, 809, 1029.

74. El texto circuló en francés y en castellano. Uno de los ejemplares traducidos, en Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 2366, fols. 208-217. Este volumen contiene precisamente un buen puñado de textos manuscritos e impresos relacionados con los *Sucesos del año 1635*.

75. El estudio pormenorizado de las circunstancias y el contenido de los manifestos y libelos publicados en respuesta al texto francés mereció la atención de José

M.<sup>a</sup> Jover en un estudio ya clásico, pionero en el género de la literatura panfletaria, 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Jerónimo Zurita, 1949.

76. A. Carvalho de Parada, *Epístola al conde-duque Olivares...* (1634), en *Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Casa Fronteira*, 20, pág. 67. Más abreviada la cita en D. Ramada Curto, *O discurso político...*, cit., pág. 169, nota 96.

77. *Papel que o Conde Duque de San Lúcar fez sobre as alterações de Catalunha*. *Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Manuscritos da Livraria*, liv. 1116, núm. 81, págs. 716-723: 716.

78. *Discursos tocantes...*, *Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Casa de Cadaval*, 23, fols. 160-206. La *Proclamación Católica*, escrita por el fraile agustino Gaspar Sala y Berast, pretendía divulgar en forma menos erudita las argumentaciones que la Junta Especial de Teólogos, convocada por el Principado, había elaborado para razonar el derecho de éste a empuñar las armas en su propia defensa. Véase J. H. Elliott, *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Madrid, Siglo XXI, 1977 [originalmente, Cambridge University Press, 1963], pág. 447. El texto de la Junta Especial de Teólogos se puede consultar en *Memorial Histórico Español*, XXI, pág. 251, y la *Proclamación Católica* en Biblioteca de Catalunya, Barcelona. *Fulletts Bonsoms*, n.º 5.229, entre otras signaturas.

79. José Pellicer y Tobar, *Avisos históricos...*, I, cit., Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 7692, fol. 149r.

80. Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona. *Consejo de Aragón*, leg. 287, n.º 24. Véase también J. H. Elliott, *La rebelión de los catalanes...*, cit., pág. 417.

81. *Secrets Publichs, Pedra de Tòch, de les Intencions del Enemich, y Llum de la Veritat. Que manifeste los enganys, y carteles de uns papers que va distribuint lo enemich per lo Principat de Catalunya*, [1641]. Biblioteca de Catalunya, Barcelona, *Fulletts Bonsoms*, n.º 9.971, fol. A1r. La versión castellana, de donde procede la cita, puede verse en la misma colección, n.º 2.181, fol. A1r.

82. Para estos datos, véase R. Chartier, *La ville acculturante*, en *Histoire de la France urbaine*, 3, *La ville classique. De la Renaissance aux Révolutions*, París, Éditions du Seuil, 1981, págs. 223-282: 281-282; y, del mismo, *Pamphlets et gazettes...*, cit., págs. 407-410 y 419-422.

83. Véase H. Ettinghaussen (ed.), *La guerra dels segadors...*, I, cit., pág. 14. El autor advierte del carácter aproximativo de tales cantidades, dado que las mismas se han obtenido a partir de los ejemplares de la colección Bonsoms. Apunta, por ejemplo, que en la Biblioteca Nacional de Lisboa se conservan 86 relaciones en prosa del período 1613-1627 frente a las 23 de la mencionada colección.

84. N. Fernández de Castro, *Portugal convenzida con la razón para ser vencida con las Cathólicas potentíssimas armas...*, Milán, Hermanos Malatestas, 1647, pág. 5. Cita Fernando J. Bouza Álvarez, *Para qué imprimir. De autores, público, impresores y manuscritos en el Siglo de Oro*, «Cuadernos de Historia Moderna», 18, 1997, págs. 31-50: 42.

85. Véase João Francisco Marques, *A parenética portuguesa e a dominação filipina*, Oporto, Instituto Nacional de Investigação Científica-Centro de História da Universidade do Porto, 1986, págs. 50-51.

86. Timotheo [de Ciabra Pimentel], *Exhortação militar, ou lança de Achilles, aos soldados portuguezes, pela defensão do seu rey, reyno, & Patria, em o presente apresto de guerra. Anno do Senhor 1650*, Lisboa, Officina Craesbeeckiana, 1650, fol. 19r.

87. Perez Zagorin, *Revueles y revoluciones populares en la Edad Moderna*, I, *Movimientos campesinos y urbanos*, Madrid, Cátedra, 1985 [originalmente *Rebels and Rulers, 1500-1660*, I, *Society, States and Early Modern Revolution. Agrarian and Urban Re-*

bellions, Cambridge, Cambridge University Press, 1982], págs. 244-246 y 228 respectivamente.

88. Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Consejos*, leg. 28.020. Lo cita y transcribe Pedro L. Lorenzo Cadarso, *Los conflictos populares en Castilla (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pág. 166, n. 85, de donde lo tomo.

89. Véase Jaume Serra i Barcelo, *Graffiti de presos y asilados. El caso de Mallorca*, en *Actas del Coloquio internacional de Gliptografía de Pontevedra (Julio 1986)*, Vigo, Diputación Provincial de Pontevedra, 1988, págs. 915-933: 918.

90. S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana...*, cit., pág. 856.

91. P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cit., pág. 123.

92. L. Antonucci, *La scrittura giudicata...*, cit., pág. 498.

93. Referido en Pedro L. Lorenzo, *Los conflictos populares...*, cit., págs. 168-169.

94. Martín de Riquer y Mario Vargas Llosa, *El combate imaginario. Las cartas de batalla de Joanot Martorell*, Barcelona, Barral Editores, 1972, pág. 126, que corresponde a la parte de M. de Riquer, «Las cartas de batalla de Joanot Martorell». Sobre el tema, véase también *Cartas de batalla*, edición, introducción y notas de Antonio Orejudo, Barcelona, P.P.U., 1993.

95. Véase Xavier Torres, *El bandolerisme català del barroc*, en *Torna, torna Serrallonga: Història i llegenda dels bandolers catalans del barroc*, Barcelona, Fundació La Caixa, 1995, págs. 13-40: 18-19.

96. M. de Riquer y M. Vargas Llosa, *El combate imaginario...*, cit., págs. 128-129 y 140-143, respectivamente.

97. Véase Pero Roíz Soares, *Memorial (1565-1628)*, I, *Leitura e revisão de M. Lopes de Almeida*, Coimbra, Universidade, 1953, págs. 316-318 (fol. 175 del manuscrito original).

98. Véase el texto original en M. de Riquer y M. Vargas Llosa, *El combate imaginario...*, cit., pág. 141.

99. *Ibid.*, pág. 141.

100. Ambos en Claudia Evangelisti, *Accetto calamo...*, cit., figs. 5 y 15.

101. El relato de este episodio, reconstruido a partir del expediente abierto por el Tribunal criminal del Torrone, puede verse en C. Evangelisti, *Angella Vallerani, viuda (1559-c.1600)*, en O. Niccoli (ed.), *La mujer del Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1993 [originalmente, *Rinascimento al femminile*, Roma-Bari, Laterza, 1991], págs. 231-270: 265.

102. Para estos testimonio, véase A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo...*, cit., n.º 76 (págs. 24, 78), n.º 78 (págs. 25, 79) y n.º 79 (pág. 25), además del n.º 125: 1,2,3,6 y 8 (pág. 34); y P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cit., pág. 118.

103. Véase M.ª Luz Mandingorra Llavata y Elisa Varela Rodríguez, *Escribir en el Palacio Real. Los «graffiti» del mirador del rey Martí*, en F. Gimeno Blay y M.ª Luz Mandingorra Llavata (eds.), «Los muros tienen la palabra», cit., págs. 115-119.

104. Véase José Sarrate i Forga, *Signos lapidarios y de prisioneros en el Palacio de la Paherta de Lérida*, «Ilerda», XLIV, 1983, págs. 437-465.

105. J. Serra i Barcelò, *Graffiti de presos y asilados...*, cit.; y Margarida Bernat i Roca, Elvira González Gonzalo y Jaume Serra i Barcelò, *Els graffiti del campanar de la Seu de Mallorca*, «Estudis Baleàrics», IV, 1986, n.º 23, págs. 7-46 + ils.

106. *Dietari del capellà d'Alfons el Magnànim*. Introducció, notes i transcripció per Josep Sanchis Sivera, Valencia, Acció Bibliogràfica Valenciana, 1932, pág. 387. Véase también Vicent J. Escartí y Marc Jesús Borràs, «Albarans de commoure...», cit., pág. 94.

107. Real Academia de la Historia, Madrid, N-3, fol. 73r-v: r., sin fecha pero de finales del siglo XVI. Debo la noticia y fotocopia del documento a Ana Martínez Pereira.

108. Biblioteca Nacional de Lisboa, Códice 589, fol. 76r.
109. José Pellicer y Tobar, *Avisos históricos...*, I, cit., 24 de enero de 1640. Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 7692, fol. 17v; y también en J. Pellicer, *Avisos históricos...* cit., pág. 60.
110. Véase Ch. Jouhaud, *Quelques réflexions sur les placards imprimés et leurs réceptions entre Ligue et Fronde*, en *Le livre et l'historien. Études offertes en l'honneur du Professeur Henri-Jean Martin*, Ginebra, Librairie Droz, 1997, págs. 403-413: 403.
111. A los ya citados puedo añadir otros testimonios: «pusieron escritos infames en los lugares públicos de esta villa», Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Coimbra*, liv. 300, «Cadernos do Promotor», fol. 739r; «Pasquín que se puso en una puerta en el mismo año 1658», Biblioteca da Ajuda, Lisboa, 49-III-50/206, fol. 484r; «Dezimas que se allaron en la Puente que derribó el castellano...», Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Miscelâneas Manuscritas*, 840, fols. 119-120.
112. Ch. Jouhaud, *Lisibilité...*, cit., págs. 311-312, y *Manifesti...*, cit., págs. 415-416.
113. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, II, cit., págs. 54-55; J. de Barrio-nuevo, *Avisos del Madrid de los Austrias*, cit., pág. 169. Véase también el que he utilizado para el título del presente trabajo citado en nota 1.
114. Véase R. Fanshawe, *Original letters*, pág. 150. Citado en José M.<sup>a</sup> Díez Bor-que, *La vida española en el Siglo de Oro*, cit., pág. 130. Con una variante, segura-mente más adecuada, del texto escrito sobre las paredes, «Si el Rey no muere, el Reino muere» y «Levántate Sevilla, te seguiré Castilla», lo recoge Maura Gamazo, ci-tando Cartas de Poetting a Leopoldo y Portia y de Fanshaw a Bennet de 21 de oc-tubre de 1664. Véase Gabriel Maura Gamazo, *Carlos II y su corte, I: 1661-1669*, Ma-drid, Librería de F. Beltrán, 1911, pág. 93.
115. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Lisboa*, liv. 258, «Cader-nos do Promotor», fol. 294r.
116. Tomo el término de la expresión «público da praça» que emplea Rita Mar-quilhas, *A faculdade das letras...*, cit., pág. 63.
117. Cita, sin fecha precisa, P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cit., pág. 131.
118. Antonine de Brunel, *Voyage d'Espagne curieux, historique et politique. Fait en l'année 1655*, Paris, Charles de Sercy, 1665. Edición castellana en J. García Mer-cadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal, II: Siglo XVII*, Madrid, Aguilar, 1959, págs. 401-522: 418 (para el testimonio). Véase José M.<sup>a</sup> Díez Borque, *La vida española...*, cit., pág. 189. De la monumental obra de García Mercadal acaba de apa-recer una nueva edición publicada por la Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Valladolid, 1999.
119. Referencias sobre ello en fray Jaime Rebullosa, *Relación de las grandes fiestas que en esta ciudad de Barcelona se han hecho a la canonización de su hijo San Ramón de Peñafort*, Barcelona, Jayme Cendrat, 1601, págs. 10, 85, 142, 207, etc.
120. G. Maura Gamazo, *Carlos II y su corte*, I, cit., págs. 21-22. Para las sátiras y pasquines difundidos durante este reinado, véanse también los testimonios recogi-dos en I, págs. 559-623 y II, Madrid, Librería de F. Beltrán, 1915, págs. 497-547.
121. Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona, *Consejo de Aragón*, Leg. 287, n.º 9, fol. 1r.
122. Así, durante las agitaciones aragonesas de 1591, estando Antonio Pérez en la cárcel de la Inquisición, muchos de los pasquines que salieron en su defensa criti-cando al Rey, el Gobierno o el Tribunal de la Santa Fe fueron obra suya y de perso-nas bien conocidas en la ciudad de Zaragoza, caso de Cosme Pariente, el maestro Ba-sante, don Martín de Bolea, Ganarco, un criado del duque de Villahermosa o el poeta Juan Jerónimo Despes. Véase G. Marañón, *Antonio Pérez*, cit., págs. 608-610.



123. Claudia Evangelisti, *Angella Vallerani...*, cit., pág. 265, año 1594.
124. Véase Claudia Evangelisti, *Accetto calamo...*, cit., págs. 255-256.
125. Véase L. Antonucci, *L'alfabetismo colpevole...*, cit., pág. 282.
126. De hecho, en los procesos boloñeses se constata en 11 de los 17 casos concernientes a libelos producidos por un intermediario gráfico. Véase C. Evangelisti, *«Libelli famosi»...*, cit., págs. 196, 199-200, y, de la misma autora, *«Accetto calamo»...*, cit., pág. 254.
127. Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona, *Consejo de Aragón*, Leg. 287, n.º 9.
128. Referencias a ello en A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo...*, cit., n.º 78 (pág. 25); P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cit., pág. 118; y R. Marquilha, *A faculdade das letras...*, cit., pág. 63.
129. Ch. Hill, *El mundo trastornado...*, cit., pág. 11.
130. Véase A. Fox, *Ballads, libels and popular ridicule in jacobean England*, «Past and Present», CXLV, 1994, págs. 47-83. Véase también R. Chartier, *Lecturas, lectores y «literaturas» populares en el Renacimiento*, en su libro, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto Mora, 1995, págs. 139-156: 145.
131. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 116, Madrid, 13 de marzo de 1655.
132. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 220 y J. Barrionuevo, *Avisos del Madrid de los Austrias*, cit., pág. 167, Madrid, 20 de noviembre de 1655.
133. Véase C. Evangelisti, *Angella Vallerani...*, cit., pág. 257.
134. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Miscelâneas Manuscritas*, 840, fols. 119r-120r.
135. Véase P. Burke, *Scene di vita quotidiana...*, cit., págs. 119 y 131; y R. Marquilha, *A faculdades das letras...*, cit., pág. 57.
136. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Lisboa*, liv. 250, «Cader-nos do Promotor», fol. 142v.
137. Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, *Inquisição de Lisboa*, liv. 261, «Cader-nos do Promotor», fols. 196-204: 200v.
138. Entre otros, esta condición letrada se verifica en el cartel infamante contra Anna d'Angeli, encontrado en la puerta de su casa al despuntar el día 24 de julio de 1637 [Véase en A. Petrucci (ed.), *Scrittura e popolo...*, cit., núm. 124 (págs. 33, 87)] o en los pasquines antijudaicos difundidos en Santarem en 1689 [Véase R. Marquilha, *A faculdade das letras...*, cit., págs. 60, 63], amén de la riqueza mostrada en muchas de las composiciones poéticas del género panfletario. [Véase Mercedes Etreros, *La sátira política en el siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983].
139. *Avisos de don Jerónimo de Barrionuevo...*, I, cit., pág. 73, Madrid, 24 de octubre de 1654.
140. *Ibíd.*, pág. 117, Madrid, 20 de marzo de 1655.